

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 13 de junio
de 1981

AS generaciones, con muy pocas excepciones, que no conocimos la guerra nos hemos enterado tarde, muy tarde, o parcialmente, de la existencia de María Zambrano. La publicación de «Claros del bosque» fue como un violín que sonaba maravillosamente, en medio de una orquesta decididamente desafinada. Poco a poco, la firme dulzura de este violín se ha ido imponiendo, ha logrado hacer entrar en resonancia muchos instrumentos acallados que querían también tocar su música por la belleza, por la tragedia, por ser de este país de infierno y fábula.

A paciencia, la delicadeza y la fortaleza de esta mujer nos han tocado el alma. Su manera de vivir es flor absolutamente desusada en este muladar de vanidades infectas. A muchos nos parece que es de los pocos corazones que aquí —pues, ¿dónde ha estado siempre, sino aquí?— apenas conocen el vertigo que provoca el abismo entre la vida y la obra.

ACE dos años hablamos ya, en las páginas de este mismo suplemento, de María Zambrano. Pero nos supo a poco, y anidábamos la esperanza de durar, para divulgar humildemente su obra en la medida de nuestras fuerzas. En este lapso de tiempo hemos comprobado, alborozados, que no éramos, ni mucho menos, los únicos a quienes su prosa había conmovido. Del resultado de bastantes esfuerzos, con la colaboración de muchos y gracias al eficaz puente que Javier Ruiz y Julia Castillo han establecido con la casa de María, en Ginebra, ha surgido esta ofrenda.

PERO no basta. Todos los que aparecemos de alguna manera en este número hemos creído oportuno insistir en la solicitud del Premio Cervantes para esta escritora y paisana insólita. Hicimos esta petición hace unos meses, y también desde estas páginas. Ahora somos más, y unimos con más fuerza nuestras voces.

PARA terminar, queremos hablar del retorno imprescindible de María. Sabemos que un temblor la agita cuando se habla y cuando se le habla a ella de estas cosas, e intuimos el cariño y la prudencia con que habría que actuar para no estropear ese gozo suyo y, sobre todo, nuestro. Ha habido rumores diversos acerca de su vuelta —medio siglo ya del inicio de su exilio—. Pero, por desdicha, existen pertinaces burocracias. A ella, que tanto ha dado por estas tierras, no se le puede pedir más. Bastante nos dará con su vuelta!

SABADO LITERARIO

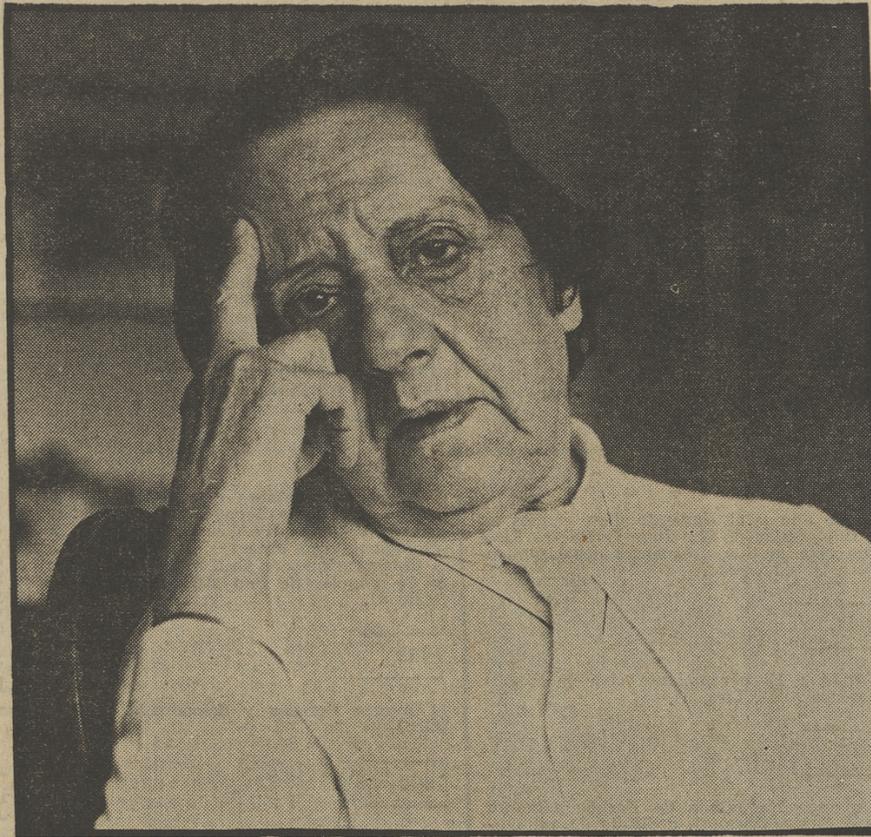


Foto
Manuel
FERNANDEZ

MARIA ZAMBRANO

María se nos ha hecho tan transparente que la vemos al mismo tiempo en Suiza, en Roma o en La Habana. Acompañada de Araceli, no le teme al fuego ni al cielo. Tiene los gatos fríos y los gatos térmicos, aquellos fantasmas elásticos de Baudelaire la miran tan despaciosamente que María, temerosa, comienza a escribir. La he oído conversar desde Platón hasta Husen días alternos y opuestos por el vértice, [ser] y terminar cantando un corrido mexicano. Las olitas jónicas del Mediterráneo, los gatos que utilizaban la palabra «como», que según los egipcios unía todas las cosas como una metáfora inmutable, le hablaban al oído mientras Araceli trazaba un círculo mágico con doce gatos zodiacales, y cada uno esperaba su momento para salmodiar «El Libro de los Muertos». María es ya, para mí, como una sibila a la cual tenuemente nos acercamos, creyendo oír el centro de la tierra y el cielo de empuje, que está más allá del cielo visible. Vivirla, sentirla llegar como una nube, es como tomar una copa de vino y hundirnos en su légamo. Ella todavía puede despedirse abrazada con Araceli, pero siempre retorna como una luz temblorosa.

José LEZAMA LIMA

OFRENDA A MARIA ZAMBRANO

LA GENERACION DE MARIA

Escribe
Javier RUIZ

A guerra civil española fue por muy altas razones dolorosa. Los españoles en el exilio han vivido el fracaso, la dispersión, la muerte y la creación, fuera de España. Despojados de todo, tuvieron que reinventar su lenguaje, y se les ofreció una nueva versión de España, que ha supuesto para el resto una renovación en la forma de vernos a nosotros mismos. Los españoles nos encontramos en un primer momento, despojados del conocimiento de lo que esa otra mitad de España construida, de forma que cualquier inquietud intelectual o espiritual había de pasar por la decisión y el afán de ir en su búsqueda. Y ese conocimiento de la otra realidad intelectual de España se producía tarde, era desigual, incompleto, y parecía estar regido por las leyes del proceso iniciático.

A menudo éramos conducidos por guías poco fiables, epígonos de los escritores exiliados, que en ocasiones se habían apropiado del contenido de sus obras, sin lograrlo. Por fuerza algunos escritores hubieron de padecer un drama secundario: autores de una obra digna y apreciable, aunque no trascendente, ésta padecería ese desgaste, esa vejez, que acontecen a palabras e ideas, sin posibilidad de incidir ya, cuando llegaba hasta nosotros, de ser recibida o de recibir una justa atención. Porque ese esfuerzo por crear un nuevo lenguaje, que emprendió toda una generación, sólo llegó a su fin, con la aparición de una nueva conciencia, en la obra de María Zambrano. Pero el fruto trascendente de una obra no es nunca algo nuevo; esa conciencia es la misma que tocaron San Juan de la Cruz, Cervantes, Gracian y, todavía antes, ciertos españoles, que en la llamada Edad Media definieron, quizá por primera vez, ciertos arcanos y dignidades espirituales, que han permanecido vivas, sorprendentes, iluminando hasta hoy los grandes misterios del conocimiento acerca del hombre. Esa misma conciencia, autora del poema de Mío Cid, desvelada en y por Ibn Arabi o Abraham Abulafia.

María Zambrano es el escritor que más ha dado al futuro en este siglo; en realidad ella sola ha ganado para el futuro de la poesía y del pensamiento una esperanza nueva. Ha abierto un camino de claridad, en el que se da ese estado sin angustia, en que aparecen pasado, presente y futuro como unidad: un ojo capaz de mirar hacia adentro y en torno a la conciencia. El reto que supone la verdad que desvela su escritura es verdadera *pie-dra de toque* de escritores y farsantes: si su obra renueva la posibilidad de un conocimiento cierto acerca del hombre, lógicamente la falsedad queda al descubierto en su presencia. Pues la obra de María Zambrano no es solamente universal; más allá de la cronología de los hechos literarios, pertenece a la historia del hombre tanto o más que a la historia de la literatura.

Por una parte, María Zambrano no es hoy suficientemente conocida; por otra, ningún escritor español de este siglo ha causado en tantos momentos y en personas de tan diferentes circunstancias y edad, tan honda impresión como ella. Sus escritos están guardados por un ángel, aquel amigo de su espíritu, y que es, se-

gún Ibn Arabi de Murcia, *amigo de la ciencia, de la sagacidad, de la inspiración, de la mano diestra, de la vida futura, de la vigilancia, de la verdad y de la certeza.*

Claro está que, aunque las personas todas que colaboramos en este homenaje somos sólo algunas de las que en estos años han sido tocadas en el corazón por su palabra, la cifra y el nombre de quienes constituyen la generación de María Zambrano es desconocida. Su terminación es imposible de determinar, sencillamente porque muchos han de recibir todavía su palabra. Lo trascendente en su obra nos mueve a definir como generación de María Zambrano a una generación que existe por encima de los grupos de edad que comúnmente las constituyen. El único requisito para pertenecer a ésta, de la que hoy nos atrevemos a hablar, sería el aceptar la herencia divina en el hombre, y el sufrimiento que trae consigo, aun a costa de esa libertad a la que se ha sacrificado el amor en estos últimos tiempos.

Hay algo que nos parece fuera de duda: la obra de María Zambrano está unida por el destino a la del poeta Emilio Prados, quizá el más desconocido de la generación del 27, y cuya obra si ha de ser verdaderamente conocida es absolutamente necesario que sea emparentada con la de nuestra escritora.

Por otra parte, nos parece que el concepto de generación literaria es muy moderno. Por ello a nadie se le ha ocurrido nunca hablar de la generación a la que perteneció San Juan de la Cruz. Sin embargo, después de leer a María Zambrano, algo nos fuerza a decir que es la generación de San Juan la única a la que María Zambrano pertenece.



FECHAS DE SU VIDA

Escribe Juan Manuel BONET

1904

María Zambrano Alarcón, hija del pensador y pedagogo Blas José Zambrano, nace en Vélez-Málaga el 25 de abril.

Pronto la familia se traslada a Segovia, en cuya Escuela Normal profesa Blas José Zambrano la cátedra de Gramática Castellana. Entre los amigos segovianos de la familia figura Antonio Machado. Segovia dejará una honda huella sobre María Zambrano, que cursará allí sus estudios de bachillerato. Véase su ensayo «Un lugar de la palabra: Segovia», recogido en *España, sueño y verdad*.

Cursa estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Central. Entre sus maestros figuran Manuel García Morente, José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri. Ortega la introduce en la vida intelectual madrileña, publicándole sus primeros ensayos —algunos de los cuales serán recogidos posteriormente en *Hacia un saber sobre el alma*— en *Revista de Occidente*. Paralelamente se inicia su actividad docente, como profesora auxiliar de Filosofía en la Universidad Central. A lo largo de esos años también será profesora del Instituto-Escuela y de la Residencia de Señoritas. Colaboraciones en *Cruz y Raya* (donde reseña a Rey Pastor, a Ortega, a Romano Guardini y a Karl Vossler), en *Hoja Literaria* y en *Manantial*, de Segovia.

Amistad con escritores de su generación: Miguel Hernández (que le dedica su poema «La morada amarilla»), Luis Rosales, Arturo Serrano Pla, Luis Felipe Vivanco, Ramón Gaya, entre otros.

1930

Aparece *Horizonte del liberalismo*.

1936

Contrae matrimonio con el historiador Alfonso Rodríguez Aldave. Estancia en Chile.

1937

Aparece *Los intelectuales en el drama de España* (Santiago de Chile, Panorama). Ordena y prologa una antología de Lorca que se publica en Santiago de Chile. A mediados de año regresa a España, residiendo sucesivamente en Madrid, Valencia y Barcelona. En Valencia se incorpora al grupo que hace *Hora de España*. Amistad con Emilio Prados, Rafael Dieste, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Antonio Sánchez Barbudo, Arturo Serrano Pla, Vicente Salas Viu, José María Quiroga Pla, entre otros. En la revista publica sus ensayos «El español y su tradición», «Españoles fuera de España» y «La reforma del entendimiento español», así como artículos sobre Séneca, Antonio Machado, Galdós, Neruda y Serrano Pla.

1938

Fallece Blas José Zambrano. Antonio Machado le dedica una nota en su «Mairena póstumo», aparecido en el número 23, nunca distribuido, de *Hora de España*. El poeta recuerda que la última vez que vio, en Barcelona, a Blas José Zambrano iba acompañado («tan bien acompañado») de su hija, «esta María Zambrano que tanto y tan justamente admiramos todos».

1939

El 28 de enero, a las dos y veinte de la tarde, cruza la frontera francesa camino del exilio. Estancia de mes y medio en París. Breve estancia en Nueva York. Por mediación de la Casa de España en México (luego Colegio de México) es nombrada profesora de Filosofía en la Universidad de Morelia, Michoacán. Su primera clase la da el mismo día en que las tropas de Franco entran en Madrid. Aparecen *Pensamiento y poesía en la vida española* (México, La Casa de España en México) —con cubierta de Ramón Gaya— y *Filosofía y poesía* (Morelia, Universidad de Morelia). Colaboraciones

en *Sur* (Buenos Aires), donde ese mismo año aparece su ensayo «San Juan de la Cruz, de la noche oscura a la más clara mística». Colaboraciones en revistas mexicanas como *Taller*, *El Hijo Pródigo* y *Cuadernos Americanos*.

1940

Se instala en La Habana, donde permanecerá hasta 1953. Da clases en la Universidad y en el Instituto de Altos Estudios e Investigaciones Científicas. Entra en contacto con los jóvenes escritores que hacen la revista *Espuela de Plata*. Colabora en esta última, y posteriormente en *Orígenes*. Estrecha amistad con José Lezama Lima (él dirá mucho tiempo después: «Por aquellos años también estubo entre nosotros otro gran espíritu inolvidable, María Zambrano»; y también: «La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos»). Amistad con Cintio Vitier y con Lydia Cabrera. A lo largo de estos años, frecuentes viajes a Europa.

1943

Este año y el siguiente dicta cursos en la Universidad de San Juan de Puerto Rico. Con este motivo, frecuentes desplazamientos a la isla vecina.

1944

Aparece *El pensamiento vivo de Séneca* (Buenos Aires, Losada).

1945

Aparece *La agonía de Europa* (Buenos Aires, Sudamericana), dedicado «A mi madre, en el corazón de Europa».

1946

Fallece su madre. Con este motivo, breve estancia en Madrid.

1948

Se separa de su esposo. Publica, en *Orígenes*, su ensayo «La Cuba Secreta», en torno a la generación de Lezama tal como ésta se manifiesta en la antología de Cintio Vitier *Diez poemas cubanos*.

1950

Aparece *Hacia un saber sobre el alma* (Buenos Aires, Losada).

1951

A partir de ese año, colaboraciones en *La Licorne* (Montevideo) y en *Botteghe Oscure* (Roma), donde ese mismo año aparece su

ensayo «El misterio de la pintura española en Luis Fernández».

1952

Escribe *Delirio y destino*, libro «nunca publicado por entero ni llamado a serlo».

1953

Se instala en Roma, donde permanecerá hasta 1964. Se refuerza su colaboración en *Botteghe Oscure*, revista para la cual recabará originales. Colaboraciones en *Insula* (Madrid) y en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (París). En esta última, en años sucesivos, irán apareciendo ensayos como «El drama cántaro o la herejía necesaria», «Una visita al Museo del Prado», «Carta sobre el exilio» y «El arte de Juan Soriano».

1955

Aparece *El hombre y lo divino* (México, Fondo de Cultura Económica). Fallece José Ortega y Gasset. Publica en *Insula* su necrológica («Don José»). Colaboraciones en *La Torre* (Puerto Rico) y en *Papeles de Son Armadans* (Palma-Madrid).

1959

Aparece *Persona y democracia* (Puerto Rico).

1960

Aparece *La España de Galdós* (Madrid, Taurus). Escribe su ensayo «La pintura en Ramón Gaya».

1962

Fallece Emilio Prados.

1963

Publica su ensayo «El poeta y la muerte» (a propósito de Emilio Prados) en *Cuadernos Americanos*. Colaboraciones en *Revista de Occidente* (Madrid), que inicia su segunda etapa.

1964

Se instala en una casa de campo, situada en medio de un bosque del Jura francés, muy cerca del lago Lemán.

1965

Aparecen *España, sueño y verdad* (Barcelona, Edhasa) y *El sueño creador* (Xa-

lapa, Universidad Veracruzana). Recibe una beca de la Fundación Fina Gómez de París.

1966

José Luis Aranguren, en *Revista de Occidente*, y José Angel Valente, en *Insula*, subrayan la importancia de los dos libros aparecidos el año anterior.

1967

Aparece *La tumba de Antígona* (México, Siglo XXI).

1968

Colaboraciones en *Índice* (Madrid).

1971

Aparece la «primera entrega» de sus *Obras reunidas*. El volumen recoge los siguientes textos, varios de ellos publicados anteriormente en forma de libro: «El sueño creador», «Filosofía y poesía», «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes», «Poesía y sistema», «Pensamiento y poesía en la vida española» y «Una forma de pensamiento: la Guía».

1972

Fallece su hermana Araceli.

1973

Aparece la segunda edición, aumentada, de *El hombre y lo divino* (México, Fondo de Cultura Económica).

1974

Prologa la reedición facsimil (Liechtenstein, Kraus Reprint) del número 23 de *Hora de España*.

1976

Fallece José Lezama Lima. Colabora en el último número especial sobre Lorca de *Trece de Nieve* (Madrid), con su ensayo «El viaje: Infancia y muerte».

1977

Aparecen *Claros del bosque* (Barcelona, Seix y Barral) y la edición, aumentada, de *Los intelectuales en el drama de España* (Madrid, Hispamerica). Aparece *Fragmentos a su imán*, libro póstumo de Lezama que contiene un poema titulado «María Zambrano», que empieza así: «María se nos ha hecho tan transparente / que la vemos al mismo tiempo / en Suiza, en Roma o en La Habana.» Colaboraciones en *El País*, donde publica su ensayo «Hombre verdadero: José Lezama Lima» Fallece José Herrera Petere, en cuyo entierro lee un texto.

1978

Se instala en Ferney-Voltaire (Suiza), junto al lago Lemán. A propósito de sus libros aparecidos en España el año anterior, José Angel Valente, Pere Gimferrer, Angel Lázaro, José Miguel Ullán y José Antonio Ugalde, entre otros, publican artículos sobre su obra.

1979

Aparece un volumen de *Cartas*, de Lezama, en el que se recogen varias dirigidas a María Zambrano. Colaboraciones en *Poesía*, donde aparece «La aurora de la palabra».

1981

Aparece *Dos escritos autobiográficos* (*El nacimiento*) (Madrid, Entregas de la Ventura). Prologa la reedición (Valencia, Pre-Textos) de *Circuncisión del sueño*, de Emilio Prados. Aparece un número especial de *Sábado Literario* titulado «Ofrenda a María Zambrano». Los *Cuadernos del Norte* anuncian otro número especial. Pendientes de aparición tiene los siguientes libros: *De la aurora* (Madrid, Taurus), *Poesía e historia* (Valencia, Pre-Textos), *Los sueños de Lucrecia de León* (Madrid, Editora Nacional) y *Antología poética y Antología de pensamiento* (ambos en Madrid, Alianza).



MARIA ZAMBRANO

Unos ojos engendran otros ojos, y otros nacen ya ciegos, ¡ay!, de por vida al discurso de un tiempo que acaricia en su paz la serena belleza de la formas. Pero en su antigua plata delimitan los días el contorno preciso en que lo bello acaba, su espacio de hermosura que no roza el silencio, que no empaña el des-

Y está fuera el vacío que rechina en la piedra su desfallecimiento y con sus torpes manos el ademán limita de un bando de palomas sobre la tierra calma.

María Victoria ATENCIA

OFRECIMIENTO

A María Zambrano

En las marismas negras
te dije encuéntrate conmigo,
amor de nunca en el cristal de luna.
Que si la flor de la que nace el río
sobre tu frente se incendiara,
amor diría donde dije olvido
en las marismas negras.
Mas tú, como un secreto,
igual a la lechuza en su dominio
de níquel por la noche,
hielas jazmín donde el olivo
crece y la ciudad del fondo
se va, ¡ay!, en su lejano filo
a las marismas negras.
Rojo, negro, amarillo
el cuello de las barcas
que dejan tras de sí un infinito
de sombras de ti
por otro infinito.

Andrés TRAPIELLO

'Fragmentos', de María Zambrano

Se ofrece la flor en la sombra. Imperceptiblemente toda flor, y más todavía la que se abre en esplendor, crea como un tenue fondo de sombra, su espacio sin duda, su espacio propio. Y todo lo que se destaca lo hace en su propio sombra o arrastra consigo sombra cuanto más luminoso sea su cuerpo: es así, al modo de un querer, de un cumplido querer. La pálida flor impalpable, indecisa, es a su vez luminosa sombra de un fuego lejano si se sonroja al mirarla. Pues que la flor nunca está quieta, nunca fija; el color en ella se hace, se enciende o se desvanece. Y nada corpóreo hay que dé a sentir como ella el encenderse y el desvanecerse y no sólo del color, sino de la sustancia. De esa sustancia que todo cuerpo visible condensa y encierra, duración temporal también que en la flor toda sustancia corpórea se fija. Y en la flor, la sustancia se desvanece como en un suspiro. Expira por darse o por no poder ya más seguir aquí en este universo donde todo se detuvo un día en un soplo. Y así se quedó congelado, materializado. Ella, la flor, da testimonio, hija directa de ese soplo.

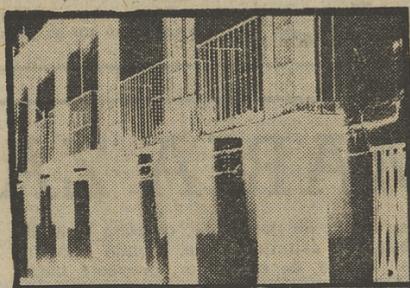
Criatura del aire como palabra leve que se quedó así, en un punto quedándose de tan múltiples maneras, habla de la identidad indivisa. Los órdenes, las clases, las especies, las variaciones, no dividen las flores. No hay castas entre ellas. Cada una es un individuo al modo como la teología nos dice de los ángeles, que son cada uno individuo y especie sin distinción. Toda la distinción, pues, está en su origen al que permanecen ellas apegadas, sujetas, eso sí, sujetas a parecer un día por la acción de la «inclemencia» de los elementos y del trato humano, y del animal que la suele ver para devorarla; del hombre, para arrancarla, sentenciada ya, aunque la sentencia no se cumpla, a la violencia, expuesta al rigor de la «Ley», esa ley que no aguarda a que llegue la muerte para arrancar la vida, sustrayendo así a la par a la muerte su acción y a la vida su vuelo. La inclemencia adversa al soplo y a cualquier otro don de la clemencia.

Recorre la flor inmensidades sin dividirse. Sembrada en lo más alto, se hunde en lo más hondo y en lo más firme cuanto más cae, y viniendo desde lo más celeste, se abre en la tierra. Nunca brota de la tierra, la flor sin tallo nace allí donde el viento se aquieta y se hace agua. Se aviene la flor como soplo originario a los accidentes de la tierra, a sus cuevas o concavidades, a sus secretas, abrigadas praderas diminutas en las que nunca tornan a aparecer el siguiente año. Nunca

son las mismas, hijas del viento invulnerable. La flor perpetúa siempre algo efímero, algo transitorio: la vida misma, ofrenda festiva y funeraria insustituible. La flor que perpetúa el tiempo feliz, la fiesta, aun ya mustia, la que sobre el cuerpo muerto, ceniza ya quizá, se inclina y aún es capaz de brotar de esa cal subyacente, de esa sal de la tierra que son los muertos. Y el aroma que la misma flor botánica hablando no exhala en otros lugares, sólo allí ese olor a muerte viviente, a vida de la muerte aquí; escala de resurrección. Pasión suprema de ese aliento, de ese soplo de la clemencia invencible.

Algo invencible y que, lejos de erguirse, se abaja hasta sumirse casi por entero como dado en prenda, en un lecho cenagoso o de dura tierra en la que la sombra se pierde en esa tiniebla que rememora la tiniebla primordial, nunca del todo salvada. En la tierra disimulada se abre la boca de una sima, respiradero del reino de abajo, de los inferos, de esos inferos donde la sierpe enrojecida fue a parar. La flor, esa flor, pertenece acaso a los inferos, es la flor que al fin da la sierpe, cáliz que recoge la gota de luz y de agua celeste indispensable a Perséfone para volver a la Tierra. Todo florece entonces, todo; hasta el fuego oscuro que alcanza por su flor la luz. Y ella no tiembla ya.

Por el contrario, el «algo divino», ese algo divino revelado por la poesía encuentra su reposo en la flor. Y entonces apenas resiste ser mirada. Quisiera ser oída, mas no puede esperar. No puede quedarse. Se está yendo ya, desvaneciéndose en aroma y música en una de esas identidades insospechadas que se dan cuando una forma pura se entrega a la muerte ignorándola, ignorándose en el no-saber anterior a la aparición de la muerte. En aquel entonces, cuando el divino Logos no había salido de sí.



NO LA LLAMEIS, NO LA LLAMEIS, QUE NO VIENE

No viene. Ella, si se la llama. ¿Tiene que venir acaso? Como la verdad con la que se funde si se la deja, la muerte no obedece a la voluntad. Y así las dos, verdad y muerte, al verse acuciadas entregan sólo su máscara y en los más afortunados casos, una sombra, un roce en la mejilla, un escalofrío si de la muerte se trata. Ellas no saben propiamente pues que no son del reino del saber. Y por ser así, se las adjudica al del poder. Todo lo pueden, se dice sin más. Y así se pasa la vida y no sólo al que las teme sino, de otro modo lleno de ironía, del que sobre o acerca de ellas piensa. Han de ser de antes de que el reino se dividiera en poder, saber y amor. De antes de que fuera forzada a hacerse visible la verdad y aun a mostrarse desnuda. Esa verdad que «se muestra» aparece por una humana acción —una acción violenta— el velo que la envuelve. Y que por el contrario habría que

respetar dejándole a ella el manifestarse a su modo. El modo y manera de la verdad que aun en esta deformación secular, saltan o se deslizan inevitablemente, y entonces no se la reconoce. «Eso no es verdad», «no puede serlo», y más aun que por el contenido, por la forma. Se le ha roto su velo para imponerle un traje o una armadura. Y hasta unos ojos que nunca fueron suyos, sólo en los de Atena, eso sí, queda algo de la verdad inviolada por el mar y el cielo que viven en su brillar.

No viene la muerte, si se la llama. Y aun podríamos sospechar que quien «hace» la muerte para sí llegue a morir de hecho, que sea un hecho su muerte o a lo más, un «suceso» que a él, el que al fin lo logró, le exija estar vivo y que haya de tejer esta necesidad de vivir, estando sin cuerpo, en un darse él la muerte en un tiempo sin sujeto. Y que sólo tal como en el estado que creyó abandonar, sólo una memoria enamorada pueda guiarle; una memoria donde el tiempo lejos de fluir se extasie. Un éxtasis de la memoria doloroso y gozoso, al par pues que en él se reconoce el que quiso huir de sí, salir de sí dándose por acabado, «ejecutándose» sin extinguirse, llama forzada a seguir ardiendo. Y se diría que ha salido de la vida, de ésta, mas sin alcanzar la muerte.

Y proseguirá así el que así actuó hasta que el amor aparezca dentro de su memoria enamorada, aunque él creyera haber penetrado en el campo de la muerte por amor. Y así seguirá hasta que el amor le perdone habérsele adelantado en su función, en esa su función unificadora que secretamente ejercita. Ya que el amor, cuando no se da a ver es cuando su poder inapelablemente se ejercita. Juega con el tiempo dejándole creer en su victoria. Juega y se burla de todo triunfo, aun de los suyos si se los proclama. No tiene rostro propio, como no tiene un determinado seguro lugar. Transita. Y mira desde los ojos de una bestia moribunda, desde una hoja caída, desde un juguete abandonado, desde una silla fiel, desde cualquier nadería. Y desde la nada misma, si la hubiera como dicen. Y así sí que puede, va pudiendo por haber dejado su impronta, por haberse perdido en la multiplicidad, en lo múltiple, en lo diverso. Así enamora ganando para siempre al que se hizo como él perdedizo, aun dentro ya de la muerte con la que el amor mantiene secreta alianza. Ella anda despaciosa, leve, llegaría desatando todo lo que al ser vivo aquí, vivo de este modo, le impide respirar un aire más puro y ligero: ese nudo que no nos deja vivir de verdad.



Fotos de la casa de Vélez-Málaga donde nació María Zambrano y del llamador de la puerta. Fueron tomadas días antes de la derrucción del edificio.

LA PALABRA ENCONTRADA

Para MARÍA ZAMBRANO

Nos la arrancó la historia. Letra de cal, azules imperfectos, marítimo adjetivo, luminosa.

Salió sin ser notada, llevada por el aire, desde la multitud a contraviento.

Inundando su tiempo de memoria. Mediadora de pronto, pueblo también, entre la voz y el sueño, logra del otro lado de la nieve al filo de la música tejernos el amor que ata y desata.

Vuelve sobre el silencio con sus alas desde el hondo clamor de sus raíces.

Fanny RUBIO

MARÍA ZAMBRANO

(Tras una conversación con Rafael Martínez Nadal)

En tanto que a la luna la cicuta, orante, se extasía en resplandores, tus ojos en lo oscuro se sumergen en pos de la visión sustentadora. Rasga el aire el maullido y la piedra inviste condición ya de ruina, mientras tu ser en fuente se traduce y alcanza la lustral protopalabra, en vela, corazón, desde los inferos.

Clara JANES

Escribe Andrés Sánchez ROBAYNA

LA LUZ, EL NACIMIENTO

PUES con dificultad se dice algo de la sustancia del espíritu si no es con entrañable espíritu. Recordé las palabras de San Juan de la Cruz en la página última de Claros del bosque. Las evoqué de nuevo al leer, no hace mucho, en Altaforte, esos textos de oblicua sintaxis que son «Antes de la ocultación» y «Los mares» (cuyo espíritu en la atlántica línea insular donde fueron leídos, no es otro que el de la luminosidad). Tras la lectura de estos Dos escritos autobiográficos (*) sobreviene otra imagen, de fresquísima luz: la lezamiña «exigencia» de imagen, la genitora luz, la justicia luminica, que ahora tiene su objeto en la memoria del nacimiento.

SE nace a la luz; la luz «es el sueño de Dios». Dice María Zambrano: No nacer todavía. Y hay que aprender a soportarlo. Después de haberla padecido mucho comienza a nacer la esperanza de que el condenado por la luz también nazca en otra luz. De que nazca una luz que lo nazca. La luz —su escisión, su poder, su sentido— se hace sólo visible en el conocimiento. Nacer al conocimiento es nacer a la luz.

LUMINAR, entonces, el disperso madreporario de la autobiografía —la madre joven con violetas, el

cuarto, las nubes blancas e inmóviles— es entrar, subir hasta el origen de la luz. En María Zambrano puede leerse, además, la crisis esencial del nacimiento, la escisión esencial, el horror de nacer, sin el cual no parece posible nacimiento verdadero, conocimiento verdadero. Es la cita en la noche, la crisis, ese saberse estar pensado en el horror: horror del nacimiento: quería deshacer el hecho de haber nacido, de estar ahí, aquí.

TODA vida filosófica parece aquí centrarse en la capacidad de recibir —acaso, si, de manera impasible— la sobreiluminación. Filosofía y poesía —¿qué límite, qué frontera precisa puede hallarse en los textos de María Zambrano?— no son, aquí, distintas; encuentran, al contrario, la raíz germinal, el tronco único. El texto, aquí, parece ascender a idéntica exigencia luminica igual cuerpo fijado en la palabra idéntico nacimiento a la sintaxis.

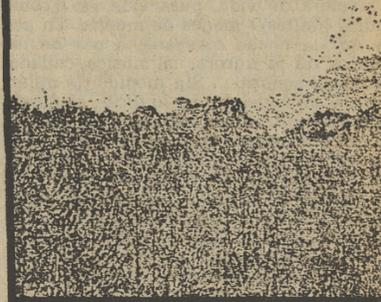
LUZ, nacimiento, espíritu. Para María Zambrano, resueltos en sintaxis.

(*) Madrid: Entregas de la Ventura. 1981.

Claros del bosque

María Zambrano

Seix Barral Biblioteca Breve



METODO

Restos, ecos, matices,
Particular, detalle;
Ni la umbría del valle
Ni esplendores. Tapices
Ni grandes directrices,
Ni una única calle.
¿Métodos? El que falle.
No que todo históricos.

SANTOS AMESTOY

TORERITO DISPERSO

(Fragmento)

«Pues no puede ser cierto
nada que no pueda ser soñado».
María Zambrano

Me cumple este concierto de armonía
porque todo ocupa su lugar
con la gracia discreta
con que un niño cansado se sienta despacito,
y responde cabalmente cada cosa
a sus exactas proporciones de firmeza, de
ansia, de calor o de ancianía.
Disculpo al viento que me azota
y me despoja con violencia
de la última lágrima que se desmigaja
en mis facciones, amo a la res
aunque me tiene acribillado,
pues soy un torerito disperso por su entorno.
Del mismo modo
respeto el agua envenenada,
ese agua limpia de las fuentes del que nunca
me viere satisfecho, me postro
ante ella sin mirarla
pues me amenaza agresiva la claridad
de sus espejos.
Hablo duendo entre merinas
por sobre los llanos que escruta mi pastor,
soy simple ganado
ahíto de yerbas y ansioso de cariño.

RAFAEL TORRES MULAS

COMO FANAL AÑIL Y
TRANSPARENTE

Como fanal añil y transparente
suspendido del cielo o del aliento,
el veloz ciclo de los años gira
sobre el instante de esta tarde vaga.
Con un sordo rumor la primavera
trenza el tapiz profundo de esta hora,
acorde de cristal vuelto al crepúsculo,
vuelto al reposo vivo de los mares.
Con el estambre rico se entreteje
el hilo denso que dibuja sombras,
línea de niebla donde tiembla plata.
El frío, mientras tanto, va creciendo,
y con la noche
el caminar es un andar sin rumbo.

IGNACIO GOMEZ DE LIAÑO

Escribe Santos
AMESTOYEL SISTEMA
DE LA POESIA

Difícil resulta llevar a la práctica el convencional resumen de todo un pensamiento, aunque sólo sea para mostrar sus destellos. Imposible, en el caso de María Zambrano, en quien el pensar es camino (y se hace camino al pensar) y es su prosa guía en busca de cierta luz y cierto tiempo. La luz del despertar y el nacer al conocimiento, a la libertad y al olvido de un tiempo que sería así recobrado o rescatado del ciego girar en la órbita del centro que desconocemos y que nos atrae. El claro del bosque, el centro de gravedad, «l'Amor que mouve el sole e l'altre stelles», en el verso de Dante.

De ahí que no me proponga hoy más que acompañar a María Zambrano durante un breve trecho, y por el camino de sus ideas acerca de la poesía, y aunque son parte de un contexto más amplio, tratar, si no de extraerlas, sí de invitar al detenimiento en alguno de sus párrafos, convencido como estoy de que van a imprimir, tal vez lo han hecho ya, alguna influencia en la expresión poética española. (Estas páginas y este artículo son fruto más de una sorpresa que del hábito de la búsqueda. Vienen a constatar la asombrosa sorpresa —el asombro y la admiración del zaumasein griego— devuelta a más de un lector español por la prosa de nuestra todavía alejada compatriota. Son el resultado de un proyecto muy meditado, hablado y apalabrado, nacido hace meses —acordada su coordinación a Javier Ruiz, que se ha mantenido en comunicación con nuestra rescatada autora— y con fervor elaborado como devoción de la escritura de Zambrano es y que el grupo ya numeroso de sus lectores ha recibido, de los cuales los que hoy firmamos aquí apenas hacemos nuestra, aunque sí testimonio de coincidencia o encuentro del sentir y el pensar de las últimas promociones de

escritores españoles: Zambrano, catalizador.)

La expresión pone de manifiesto algún secreto no develado por la mera manifestación que en la filosofía es búsqueda guiada por un método: Zambrano encuentra que la expresión filosófica ha tenido varias formas a lo largo de su historia literaria. Ha sido «Diálogo», «Consolación», «Tratado», «Guía»... Y halla la especificidad de estos géneros en que cada uno de ellos tiene un «tempo», un ritmo propio. «El ritmo —escribe en "Poema y sistema"— es uno de los más profundos, si no el más decisivo, de todos los fenómenos que constituyen la vida, y muy especialmente en la extraña vida que se deposita en



las obras de humana creación (...) el ritmo pide sonar, palabra y cuerpo que lo siga.» Y en el capítulo dedicado a la relación entre la mística y la poesía de su tratado «Filosofía y poesía» comienza por afirmar: «Y es que la poesía ha sido en todo tiempo vivir según la carne», el cuerpo que sigue al ritmo.

Es cierto que poesía y filosofía no se dan en una misma forma de expresión, y hasta llegan a rechazarse mutuamente, lo cual no es más que un desgarramiento de la tradición y de la cultura, que han escindido en dos la totalidad de lo humano. Mas el hombre anhela expresarse creando, y la unidad que sustenta todo lo que el hombre crea por la palabra es la unidad de la poesis, «Unidad sagrada por primera, por fecunda, por no inventada, por oculta y plurivalente.» La poesis será el fundamento sobre el que se edificarán las diversas especies de poesía y las varias modalidades filosóficas; pero, aún así, pese a la escisión de ambas expresiones, la unidad seguirá gravitando sobre ellas. La forma filosófica es hija del Poema. En consecuencia, la forma sistemática de la filosofía diríamos es una estructura semejante a la del poema, con el que guarda una relación más íntima, congénita en cierto modo. Esta unión por la palabra («luz de la sangre») que llevan a cabo filosofía y poesía hacen que la acción del pensamiento se integre en una acción más amplia en la que el ritmo, la matemática, la música se manifiesten como razón poética.

Sé que el pensamiento de María Zambrano no se puede parcelar;

no se pueden poner puertas al campo (ni al bosque). Sin embargo, he de volver a la finalidad de este breve discurso, tratar de extraer algunas iluminaciones para la poesía. Y es que esa forma o estructura común, objetiva y transparente es independiente, en buena medida, del fondo.

El poema es también sistema o la esencia del sistema del pensamiento; es lo que, como escribía Valéry («El arte de la poesía»), nos estimula a reconstruirlo tal como fue creado, algo que apela a la razón y que despierta la conciencia; testimonio de la tensión humana por rescatar el tiempo («deidad que devora») y remontarse a la sagrada, originaria palabra. Reminiscencia que llevará a los hombres la memoria y el olvido. Evocación de la unidad de todas las cosas y, al mismo tiempo, de la heterogeneidad del ser.

Finalmente —y sabiendo que, lejos de agotar el tema, apenas lo habré suscitado—, no quiero dejar de recordar que Zambrano no sólo pone la poesía en relación con la filosofía, sino también con el tema de España. Si los pilares básicos del sistema de la poesía son «conciencia y memoria: continuidad y esperanza», añade, no puedo resistirme a transcribir el párrafo final del tratado «Pensamiento y poesía en la vida española», y que reza así: «La continuidad de España se ha expresado por la poesía, sin que nadie pueda ya impedirlo, pero se ha expresado igualmente por la sangre. Y la sangre también tiene su universalidad. Mas sin la palabra no sería comprendida, no estaría tan corroborada. La palabra es la luz de la sangre.»

Escribe Jesús
MORENO

Carta abierta a MARIA ZAMBRANO

QUERIDA María: Me dicen que sobre ti escriba, y a mí lo único que se me ocurre es escribirte, a ti, y discúlpame, inevitablemente bordeando tu palabra, tus esperanzas, tu trascendencia (tu aurora), ejercitarte, en suma, en mi angustia, por liberarme. Te hablo de España (interés de vida o muerte), de mí te hablo, de cuanto en este preciso momento arrastro conmigo, o de cuanto me lleva: Parecemos seres abandonados de todo pasado, errantes buscadores. Así, yo, como sin horizonte propio, sin independencia, sin libertad, en soledad. Como si nos hubiéramos vuelto irreales, ocupando todo el lugar de la verdadera realidad.

PERO entremos más adentro en la espesura: disponible está mi atención a cuanto siento, a cuanto pienso (cuanto yo iluminar puedo) de lo que acaece. Tal vez esa disponibilidad me haga libre, posibilite mi acción. Si supieras cuánto ansio existir, alcanzar «presencia y figura». No quisiera ponerle medida a este mi deseo, ni siquiera de vida, pues vida es (¿cómo tendría límites?) menos de muerte. En pos voy de «la noche sosegada, a par de los levantes de la aurora, la música callada, la soledad sonora»... Sin medida de muerte, y sin embargo, tú me lo dices, se puede morir estando vivos (¡hay tantos morires!, algunos tan necesarios) y ello mismo parece ser tantas veces «Delirios y destino» nuestro. Morir que halla su presencia —presencia de olvido, de soledad— precisamente en la ausencia de lo tan esperado, que no está ahí, ni cerca ni lejos. Solos y en soledad, sí, es vivir a medias, estar reclusos, cegados, en reserva. A la defensiva e inermes. Enclaustrados en este espacio, con el tiempo hecho diminuto, van enloqueciendo nuestros ímpetus. Prisioneros de este presente, encadenados estamos de pasado, y sin embargo de él abandonados. Un pasado que tan fatalmente avanza sobre y envuelve el presente es, como tú dices, un condenado que vuelve, más que por avidez de vida, por no hallar sepultura. Fantasma es. Y así,

efectivamente, el futuro no puede aparecer sino como espejismo de ese pasado. Y en el espejismo no hay salvación, ni llamada auténtica, sino cruelísima seducción. Pasado pues, el que inventa este presente, sin porvenir, sepulcro cerrado a la resurrección.

Pero aún en este presente sombrío (de casi toda luz desapegada), en este espacio que nos están abonando de vacíos, persiste, tienes tú razón, la huella de todo nuestro ayer, de lo que tú llamas nuestro multiforme pasado, el protoplasma hispánico impreso de mil huellas, a su vez. Han congelado el tiempo y no obstante yo siento, sumido en esos ayer, que sigue fluyendo. Lo veo y se abre a mis ojos un nuevo espacio anchuroso. Cargado de errores, asumo la posibilidad del mal que me imputan y aun del inimputado, pero posible, y voy recorriendo en mi memoria la memoria misma que alentada viene de otros sueños. Sueños de enigmáticas bienaventuranzas, como abiertas puertas de par en par, que yo sé no totalmente realizadas, traspuestas. Como de un sueño viniendo (¿despertando?) acepto tu alternativa: acoto la herencia del pasado y la llamada del futuro como hontanar de presencias, de las por el pasado y el presente eludidas. Futuro, sueño, sombra que yo proyecto y nombro, siendo, en realidad,

luz; imán de desdichas, cosecha final de desastres asumidos que, siendo corazón del tiempo, de él fluidor, proyecta hacia otras bienandanzas que el propio pasado nos ofrece generosas; ¡gloriosos y truncados gérmenes! Sombra, sueño, transparentar y adelgazar la sombra, realizar el sueño, creador sueño que nombra libertades... y justicias. Delirio es hacerlo, y cosa de locos y desatinados... y recorro páginas y páginas de esta novela de España tan plétórica de Quijanos renacidos, de ascensiones (al monte... a la montaña... al amado) de inquebrantables fieras voluntades dispuestas siempre a volver al permanente loco amor de más que justificadas Fortunatas. Nostalgia de ausencia, y vagabundeo al encuentro de esa ausencia, y me ausento, y omito toda otra presencia, la mía propia, que no sea sumergirme en inseguros pasos de loco visionario retando al presente a decir su verdadero nombre, a desvelar el origen, el origen de sus fantasmas y visiones, de su amargura. Y por impedir que me ahogue aquel mundo submarino escondido, conjuro desde mi soledad (la otra soledad que no es esclava) toda coetaneidad, como tú decías de Emilio Prados. Quedarme quiero también yo a solas en otro espacio, partir, partir a él, y olvidado de cuanto él no sea, de él traer la memoria... y la luz, la presencia. Ahora, cuanto más derrotado me siento, cuanto más reducida veo que va nuestra libertad, tanto más creo posible nos atrevemos a renacer, a traspasar el obstáculo, el umbral. Tal vez sea esta soledad, específica soledad del hombre libre... Ello quisiera ser (en este punto, María, quisiera reiniciar el diálogo propuesto acerca de Espinosa: del hombre libre y el Estado, del bien y del mal, de la alegría y cuantas pasiones tristes la impiden). Entreveo —¡decírtelo a ti que tan

bien lo has visto!— a nuestro pueblo señalado por la aventura (no azar, sino necesidad, necesario perderse, esquivar el orden de los miedos, de las sombras, en busca del oro, de la luz), siempre admirados, y sin violencia ante tanta violencia como han debido soportar, tan apagados a toda la realidad plena, tan siempre posibles vencedores de la fatalidad (el destino: esa contraprueba del trascender) vencedores de la máscara que inventa naturalezas a su modo y manera, como espejo de sus dolencias, de sus vanas fantasías. Dime, ¿hemos entrevisto el resplandor del alba y perseguido sus surcos en el tiempo? Hoy, como en tantas otras épocas, pudiera ser que ese trágico despertar, que es para ti el primer despertar, fuese evidente, y evidente también que en él pudieran columbrarse y emergerse, las infernales raíces de nuestros desatinos todos. Traspaso, dolorido sí, el umbral de la abierta puerta y me someto, descubierta, a su luz. Contemplo el horizonte, un tanto cegado porque de él viene la luz. La del alba, sí, sería cuando salimos, solos, al camino (no sé si lo inventamos), inciertos ante tanta luz y tan indecisa, tan lábil, tan de sí prendida que todo era como ensueño. Ensueños, pero desvelados, de otras vidas desvividos, descarnados, como redivivos muertos: «Que yo, Sancho, nací para vivir muriendo.» Aun así salimos a la aventura, deseosos de deshacer entuertos, todos los entuertos, y liberar cautivos, a todos los cautivos de nuestro camino, necesitados de herir con luz todas las oscuras cárceles. Dime, ¿qué sueño tan renaciente, tan recuperado, es éste?

Despedirme no, decírte, como tú: «Adsum». Ya nos vamos afirmando de recuperada aurora.

Esta noche,
a las 11,00,
en Radio
Nacional

LA PRIMERA ENTREVISTA CON MARIA ZAMBRANO

A las 23,05 horas del sábado, Radio Nacional de España (Radio I) retransmite la primera entrevista concedida por María Zambrano para España. La grabación ha sido realizada por José-Miguel Ullán en Ginebra, y tiene una duración de cincuenta y cinco minutos. En esta conversación, cargada de emotividad, lirismo y

serena tristeza, María Zambrano se detiene, reflexiona, mira y se mira desde el presente en el espejo de un pasado donde predomina la tragedia, el exilio y, pese a todo, el amor permanente a la vida.

La charla traza un itinerario autobiográfico donde cada lugar es el resonador de nombres nunca olvidados.

Los primeros recuerdos de María Zambrano, situados en Vélez Málaga, son un limonero, un pozo y la figura de su padre: «Me llevaba desde el suelo hasta arriba, hasta la rama del limonero. El era muy alto. Y ese subir y bajar, ese ir hacia arriba y volver a descender fue mi primer y esencial viaje entre todos.»

Escribe
J. Antonio UGALDE

MISTICA DE LA VIDA Y NACIMIENTO EN EL AMOR

La voz apartada y solitaria de María Zambrano está hallando ecos múltiples, y en su prosa peculiarísima reconocen muchos (y hacen suya) la enunciación de una antitípica intuición que va en pos de un «saber del ser total»: iluminación no sólo de las incertidumbres del intelecto, sino también de las entrañas del corazón, de sus pasiones enmudecidas y de sus sentimientos encadenados a la oscuridad.

A muchos acucia este lema: «Hacia un saber sobre el alma». Y ese es el título de un libro de María Zambrano (ensayos 1933-1944), en el que rastrea el árbol genealógico de tal tipo de conocimiento, tantas veces perdido y reconstruido. Repasemos, siquiera brevemente, su examen de las precarias condiciones en que se desarrolló históricamente el conocimiento de esa parcela humana no estrictamente racional.

Al empezar a pensar, los sabios griegos (Pitágoras) quisieron «enseñar a vivir». También los misterios eleusinos, las religiones órficas y los cultos dionisiacos fueron «camino de vida», legados de ese saber integral que María Zambrano añora. Sin embargo, la filosofía irrumpe pronto y ya en la obra de Platón los medios y fines del conocimiento se desplazan sensiblemente, dejando en la sombra muchos de los movimientos del alma.

El fin de la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento son épocas fértiles para toda una serie de géneros «menores» de la filosofía: guías, confesiones, meditaciones, diálogos, epístolas, tratados, consolaciones... Saberes terapéuticos y medicinales que recogieron y transmitieron experiencias, nociones y creencias y se resistieron «a ascender al cielo de la objetividad».

Será el Racionalismo ilustrado quien desahuciará, con pocas excepciones, el saber del alma. Los filósofos apenas se ocupan más que de la persona y su libertad, del ser y su trascendencia, de la moral, de las formas de percepción. Psíquico, el alma, es entregada al bisturí de la psicología científica que desgarrará su indescifrable misterio, descomponiéndola en fenómenos, aptitudes, mecanismos biológicos. La entera realidad del hombre queda, pues, reducida a los «hechos de conciencia».

María Zambrano examina, por último, la confusa y exaltada reacción romántica y la algo más prometedora, pero también frustrada, filosofía vitalista. Cita a Dilthey y Bergson, habla de Stendahl y Max Scheler y dedica sendos capítulos a Freud y Nietzsche...

PERO al final del primer capítulo de «Hacia un saber sobre el alma», se abre una nueva perspectiva, se anuncia más bien. Dice ese texto: «Atrayente sería ir descubriendo al alma bajo aquellas formas en que ella sola ha ido a buscar su expresión, dejando aparte, por el momento, lo que ha dicho el intelecto acerca del alma que cae bajo él. Descubrir esas razones del corazón, que el corazón mismo ha encontrado, aprovechando su soledad y abandono.»

Este programa, cénit de su obra ya escrita, ha ido encarnando en multitud de ensayos, desperdigados aún en revistas americanas y europeas, y en una serie de títulos de su bibliografía: fragmentos de «El hombre y lo divino» (1955), «Dos escritos autobiográficos. El nacimiento» (1955, pero recién editado en España), «El sueño creador» (1965), «Claros del bosque» (1977).

María Zambrano nos ofrece en estas páginas un sereno recorrido por los entresijos de su corazón, engarzado en una escritura temáticamente depurada, pero de inmensa densidad simbólica. Además, esta veta introspectiva se entrelaza, en extraña armonía, con la elucidación de los grandes temas del hombre y la existencia. Manantial de esta movilización creativa en la que subjetividad y objetividad se dan en novedosa aleación, son ciertas experiencias inefables de María Zambrano: iluminaciones fulgurantes del «sentir originario» que confieren a la escritura un tono inspirado, una recogida unción y una atmósfera sólo comparable a los modelos sempiternos de la literatura mística.

Imágenes fugaces, revelaciones instantáneas. En ellas se cumple la anhelada esperanza de que hablábamos, pues son «lugares de conocimiento y de vida sin distinción». Lo crucial de estos raptos —al igual que sucede con San Agustín, Descartes o el Dante, dice María Zambrano— es que son fecundantes: inauguran una «vita nuova» y fundan un método capaz de despertar y sostener todas las zonas de la vida, hasta aquellas que se encontraban avasalladas o aletargadas.

Cierto que estas experiencias extáticas llegan sin ser llamadas. Ciertamente que el método que inauguran no puede aspirar a la continuidad propia de los métodos de la conciencia. Mas no por ello hay que suponer que su huella quedará aniquilada; bien al contrario, instaura en el sujeto una fidelidad sin desfallecimientos, alumbrando la certeza de esa sincronía posible entre razón y corazón, certidumbre que no abandona aunque se la olvide momentáneamente en las zozobras y vendavales del cotidiano convivir.

Pocos escritores de este siglo han captado con la personal intensidad de María Zambrano la esperanza medular que recorre la modernidad: el anhelo de una forma de conocimiento que dé razón de aquello que en el hombre trasciende a la Razón. Pocas obras han alcanzado la capacidad de sugestión de sus escritos para transmitir y actualizar la filosofía y la actitud vitalistas de finales del siglo XIX: reclamación de un saber que sea cauce de vida, de la vida entera; que aúne en órbitas concéntricas el fluir de la conciencia y el latir del corazón, para que un dardo de luz traspase, al fin, la diana.

EN «Claros del bosque» habla María Zambrano de la diversidad de esos instantes privilegiados, plenos, que han inspirado con su fulgor distintos métodos y estilos de vivir. Pero ¿cuál es la vía personal de María Zambrano? ¿qué método vital inauguró? Resulta evidente que nos encontramos ante experiencias extáticas «sui generis»; podríamos incluir las en una mística de la aurora, pues son raptos habidos en la luz tenue y singular de la vida recién nacida, aun sin ser ni figura; despertares sin imágenes «a orillas de la fuente de la vida». Cada despertar es una arribada a ese brocal umbrío, íntimo, en el que la propia vida se asoma a su fuente pristina y, allí, derramándose, toma comunión con la vida toda, única, en su informe plurimorfidad.

¿Mística de la vida? En cualquier caso, experiencia y método que —aun manteniendo una cierta comunidad de símbolos y de atmósfera— se distinguen con claridad de las vías extáticas cristianas, de las heterodoxas gnósticas y quietistas y de las corrientes místicas hindúes, manteniendo, si acaso, alguna similitud (y ya es mucho decir) con las sendas del Tao, también proclives a venerar el misterio de la vitalidad, la blandura y maleabilidad de los estadios liminares de la vida.

La reciente publicación española de «Dos escritos autobiográficos. El nacimiento» nos suministra información de incalculable valor para comprender la autenticidad de la experiencia de María Zambrano y la originalidad elevada y convincente de su camino. En el primero de esos dos textos relata la escritora el proceso regresivo que experimentó en su adolescencia, durante la convalecencia de una larga enfermedad: rememora, en primer término, la amada costumbre infantil de entregarse apasionadamente a la noche, al silencio, a la intimidad, una vez caducados los sobresaltos y zozobras del día. Indagaba, impotente, aquella niña que fue, acerca del origen de su estado, acerca de aquella culpa primera que la obligaba a someterse al ser, al nombre implacable, a la ley inelu-

dible de las responsabilidades. Pero su memoria terminaba en un fondo oscuro, en una resistencia opaca.

De pronto, un día, durante la adolescencia convaleciente, aquellos viajes a la noche empezaron a esclarecerse: «Haber vivido ya; comenzar la vida desde algo. Siempre había sentido que así era, lamentándolo. Y ahora comprendía el sentido —un fragmento del sentido— de aquella cita en la noche hacia la que corría desde niña (...). Quería deshacer lo vivido, lo visto, lo acumulado en el día, caído sobre ella intempestivamente como la vida misma. Quería deshacer el hecho de haber nacido, de estar ahí, aquí». Luego, María Zambrano prosigue la narración de su viaje metafísico en el que, envoltura a envoltura, va desprendiéndose de las capas de su personalidad hasta acceder a su verdad inaudita: «A lo primero era un trabajo el subir aquella cuesta, y luego cesó el trabajo; sólo algo llamado sí misma, yo, algo que no era. Todo había ido cayendo: la que creía ser. Su ser ya sabía ella que no era, que aquello no era apenas nada. Allí una claridad sin foco, sin semejanza a ninguna otra, se extendía sin límite; no era el horizonte o quizá era sólo horizonte. Y no había podido atravesarlo; una invisible resistencia la rechazó».

Descubre, así, María Zambrano el horror del nacimiento, recordado desde el ser que se ha llegado a ser: desvalimiento «por haber sido despedidos y aun rechazados», «resentimiento de estar aquí aterida en la desnudez del ser». Pero descubre, merced a la regresión, y ése es el momento culminante de la experiencia, que el «ser», desde el que uno se duele, no es nada, y, más aún, aprehende el gozo de vivir en la aurora del nacimiento. En el aquí, en el re-nacimiento que constituye la experiencia se

abre, así, una alternativa crucial. Cabe aceptar esa vida que es un sueño, cabe abrazar el carácter inane del ser recibido y mantenerlo transparente, liviano, reducir su sombra —Pindaro dice: «Somos sombras de un sueño»—, adelgazarla, ofrecerla a eso preexistente que sueña, que nos ha soñado. O bien, por el contrario, cabe des-nacer: «Y si quiero sólo des-nacer puedo traicionarle, puedo borrar lo que él quiso que fuera». No hay dudas acerca de la opción de María Zambrano: «Y como estoy libre de ese ser que creía tener, viviré simplemente, soltaré esa imagen que tenía de mí misma, puesto que a nada corresponde, y toda obligación, de esas que vienen de ser yo o de querer serlo se irá». Poco después se pregunta: «¿fuerza de aceptar su no-ser, ¿llevaría a formar parte de las matemáticas del universo?».

En «Claros del bosque» desaparece incluso la tesitura del des-nacer: «Despertar naciendo o despertar existiendo es la bifurcación que inicialmente se le ofrece al ser humano. Vivir entregado a la plenitud auroral, a esa luminosidad iniciática «de la fuente de la vida que sigue regando oculta, de la escondida, de la que no se quiere saber do tiene su manida». O vivir en la pretensión ofuscada de ser, de serse, en la obtención de existir queriendo «disponer de sí mismo antes de que el amor disponga de él».

EL método inaugurado por la experiencia de María Zambrano es muy preciso: abre una manera única de entender la vitalidad, y nada hay en él en contra de la vida, sino en contra de la precipitación con que el hombre, apenas nacido, rompe la niñez y se adentra en la adolescencia queriendo extraer del existir una sustancia que no posee. No se trata, por añadidura, de que los fugaces éxtasis le hayan abierto a beatitudes duraderas ni transmundanas; al contrario, los «claros del bosque», símbolos de la fugaz experiencia, «parecen prometer, más que una visión nueva, un medio de visibilidad donde la imagen sea real y el pensamiento y el sentir se identifiquen». No hay tampoco fin ni objeto definitivo en las experiencias de María Zambrano, salvo «esa paz que se derrama del ser unido con su alma, esa paz que proviene de sentirse al descubierto y en sí mismo, sin irse a enfrentar con nada y sin andar con la existencia a cuestas». Y aun esto es relativo, ya que la chispa de luz se apaga y, aunque la huella de su resplandor quede, el hombre no podrá evitar el sufrir sed y curiosidad: «Mas el vivir humanamente parece que sea eso, que consista en eso, en un anhelo y apetecer apaciguados por instantes de plenitud en el olvido de sí mismo, que los reaviven luego, que los reenciendan. Y así seguirá, a lo que se vislumbra, inacabablemente».

En suma, frente a la opción obcecada y ciega del hombre ansioso de realidad y de tiempo en movimiento —ansia del yo que, en sus victorias y derrotas, reduce seres y cosas a metas y obstáculos—, María Zambrano propone otra maduración distinta, un crecimiento armonioso de aquel «ser escondido» —ausencia de «sí mismo»—, que se sintió latir en la luz primigenia del nacimiento y de los posteriores «despertares», si los hubo.

NADA tiene en este pensamiento que hacer la Nada. Y si, en cambio, una primordial divinidad griega, Eros, el Amor. Pues a la pregunta de —¿qué es lo que nos hace nacer, manifestarnos, aparecer?—, María Zambrano responde con el Amor. En «Dos escritos autobiográficos. El nacimiento», María habla de Dios: «Somos sombras del sueño de Dios». ¿Pero qué Dios?, ¿qué alude este concepto? En «Claros del bosque», el «amor preexistente» es la fuente de la vida. Pero es preciso acudir al capítulo titulado «Para una historia del amor», del libro «El hombre y lo divino», para comprender las intuiciones de María Zambrano en cuanto concierne a la anterioridad creadora de lo humano. La escritora narra en ese libro la aparición de Eros en el mundo griego: en la «Teogonía» hesiódica, Eros es una divinidad primordial, anterior al hombre y anterior también al mundo. Su función demiúrgica consistió en derrotar al caos, en fijar una órbita y un orden cósmico y, en definitiva, en preparar una morada para el hombre. Divinidad vivificante y creadora, en el proceso hacia el uno, hacia la unidivinidad que experimenta la filosofía griega, Eros se convierte en atributo o en demiurgo intermedio. Eso es, al menos, lo que se vislumbra en esta frase de María Zambrano: «El Dios creador creó el mundo por amor de la nada.»

Pero los aspectos esenciales que María Zambrano adjudica a Eros se hallan en el bellísimo párrafo final del capítulo. Tras haber señalado que Amor es la promesa de un futuro no histórico, sino esperanza de vida verdadera, la escritora define: «Ese fuego sin fin que alienta en el secreto de toda vida. Lo que unifica con el vuelo de su trascender vida y muerte, como simples momentos de un amor que renace siempre de sí mismo. Lo más escondido del abismo de la divinidad, lo inaccesible que desciende a toda hora.»

PARA MARIA ZAMBRANO

Y ahora, en que asombrada luz me dejas, inhabitada, casa silenciosa, templo para inclinarme temblando sola.

Qué señal, qué soplo espero si la dulce razón que me sostiene es lo que me vas dando en tu enhebrada palabra. Guíame, qué otra voz, si ya es una sola, envolvente suspiro. vuelo.

Qué confesión, si la memoria depositada en vasos oscuros, no funerarios, engendra sueños que duermen en su tiempo de luz sostenidos. Nada que darte. La conversación que no tuvimos antes, ahora encontrada. Qué homenaje para ti, espejo, voz de aire reflejada.

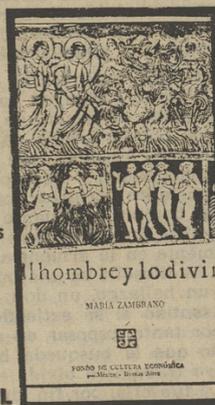
Carmen SAVAL



A MARIA ZAMBRANO
Oración. (Fragmento.)

¿Y nunca me hallaré tan lejos del presente, que a lo pasado ya renuncie?
¿Nunca reducirá el destino mi conciencia al futuro?
¿O siempre me estará el sueño esperandi y nunca habrá de huir la realidad ante él?
¡Ah! Nunca fue mi sueño cuerpo, y no prisión (al ejercicio), cuerpo (y no prisión) de olvido.
El llanto acude a confesar ahora lo que nunca la memoria guardó ni guardar puede. El silencio no importa. La soledad estuvo siempre. No necesito el dolor. Tampoco la alegría desconozco.
¿Qué fue de la nostalgia?
¿No la recuerdo acaso?
De la imaginación, ¿qué hice?
La agudeza, el ingenio, se olvidaron.
¿Y mi pasada decisión, mi voluntad?
¿Sólo el amor está?
Te daré gracias si enmudezco.

Julia CASTILLO



Escribe José Luis JOVER

IMITACION Y GLOSA
DE UN TEXTO DE M. Z.

«Al modo de la semilla se esconde la palabra.»

M. Z.

1
Contra quien confunde la palabra pronunciada con la palabra escrita, el escribir de María Zambrano. El escribir de María Zambrano y su defensa del escribir.

2
Escribir como exigencia nacida de la derrota sistemática que sucede a la efímera victoria del hablar. Pues el hablar se pone al servicio de lo apremiante, de lo circunstancial. El escribir, por el contrario, llama al hombre al «secreto seno del tiempo».

3
La gloria del escritor ha de ser la gloria de una reconciliación con la palabra escrita, con la palabra retenida: palabra nacida del «silencio de las vidas». Juan Ramón Jiménez nos recuerda la alianza entre el silencio y la soledad: «el silencio permanente de la soledad». Y María Zambrano contesta así al por qué del acto de escribir: «escribir es defender la soledad en que se está».

4
En el hablar, la palabra se desase de nosotros, escapa vanidosa y vana. En la perdurabilidad del escribir la palabra se forja plena: un acto de recogimiento y el hallazgo de una liberación. Pues «sólo se halla la liberación cuando arribamos a algo permanente».

5
Consiste el escribir en dar forma al secreto que va produciéndose en un espacio vacío. Espacio tan sólo habitado por quien para tal acto se aísla y se recoge. La figura hallada dará plenitud a ese espacio. El silencio se colmará de voz interior.

6
Pero ¿qué escribir?, ¿qué comunicar? Así responde María Zambrano: la verdad. Y frente a la verdad —y contra ella— la vanidad («hinchazón de algo que no ha logrado ser»): «El que escribe, mientras lo hace, necesita acallar sus pasiones y, sobre todo, su vanidad.» Y de la mano de la verdad, la fidelidad. He aquí la palabra que María Zambrano pronuncia (es-

cribe) y repite: fidelidad (necesidad de «ser fiel a aquello que pide ser sacado del silencio»). Así escribe: «El escritor pide la fidelidad antes que cosa alguna.» Y añade: «Una mala transcripción, una interferencia de las pasiones del hombre que es escritor destruirán la fidelidad debida.»

7
Dada forma al secreto revelado, alcanzada la gloria del escribir, al escritor sólo le queda comunicar ese secreto. Y aquí María Zambrano escribe todo lo que a continuación y hasta el final transcribo para general enseñanza: «Pero la gloria es en rigor de todos; se manifiesta en la comunidad espiritual del escritor con su público y la traspasa. Comunidad de escritor y público, que contra de lo que primeramente se cree no se forma después de que el público ha leído la obra publicada, sino antes, en el acto mismo de escribir el escritor su obra. Es entonces, al hacerse patente el secreto, cuando se crea esta comunidad del escritor con su público. El público existe antes que la obra haya sido o no leída, existe desde el comienzo de la obra, coexiste con ella y con el escritor en cuanto tal. Y sólo llegarán a tener público, en la realidad, aquellas obras que ya lo tuvieron desde un principio. Y así el escritor no necesita hacerse cuestión de la existencia de ese público, puesto que existe con él desde que comenzó a escribir. Y eso es su gloria, que siempre llega respondiendo a quien no la ha buscado ni deseado, aunque sí la presente y espere para transmitir con ella la multiplicidad del tiempo, ido, perdido, por un solo instante, único, compacto y eterno.»

Escribo
Serafin SENOSIAIN

LA QUIETUD

ERRANTES ojos despedidos / de su centro», escribe Lezama. Y apenas acabamos de entrever lo que allí queda tan sólo intuido. Tal vez las palabras de María Zambrano completen los versos del cubano: «sobreviene la angustia cuando se pierde el centro. Ser y vida se separan». La vida tras esa pérdida yace en un exilio, los ojos erran de un lado a otro fuera del centro, nuevos expulsados del vergel. Aquí radica el punto vigoroso que azuza la escritura sutil: en el cotidiano dolor nacido de la separación de vida y ser, en la angustia crecida cuando se pierde el centro, cuando los ojos viven ajenos a su centro.

Y ese sagrado centro, «recóndito e invisible», y centro de los centros, es el que queda desvelado en la imagen del claro del bosque. Entre las tinieblas de la espesura, una luz; en lo caliginoso, el claror. Y por ese claror el claro del bosque es centro. «El claro del bosque es un centro en el que no siempre es posible entrar», y esa imagen nos entra hasta el fondo, de tal modo que se hace plástico el centro rodeado de esferas que hay que penetrar; el ser más hondo y más etéreo.

PALPAMOS un ansia de luz como en las palabras últimas de Goethe, «esta luz que se enciende sin que sepa cómo en la oscuridad», luz que otro teutón, Paracelso, adivinaba al escribir: «in uns ist das Licht der Natur, und das Licht ist Gott. Y en la luz que ilumina aquel centro cercado por lo oscuro reina la quietud: «hay que dormirse arriba en la luz», leemos, «arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge». La quietud señorea en la luz. En el centro: «el centro ha de ser quieto».

EN la obra deslumbrante de María Zambrano, tanto como en la del cubano que tanto la admiró, recogemos la semilla sembrada en esta tierra con profusión. Basta asomarse al mamotreto de M. Andrés acerca de los recogidos, o a la mirada penetradora de A. Márquez en Los alumbrados, para hallar tanto en Osuna, Palma o Laredo como en Isabel de la Cruz, Alcaraz o Bedoya, el ansia de anodamiento que es de nuevo revelada en la palabra de la escritora malagueña. Ansia paralela a la del de Fontiveros, evocada una y otra vez, siempre en mente, cumbre que es del anhelo de endiosamiento.

SI los alumbrados en el dexamiento se abandonan a Dios para caer en el más profundo centro, es en ese centro donde se recogen aquellos místicos que zarandeaban a la joven Teresa. Donde el yo se anega y donde el corazón está «recogido en una especie de revelación de su

interioridad, casi transparente». Mas si el corazón se recoge, es en el mismo movimiento en que se abandona. Reencontrar los ecos de Osuna, Alcaraz o San Juan de la Cruz en María Zambrano es también abrirse en el tiempo, alcanzar a Lulio o Ruysbroeck, llegarse hasta Plotino.

YA ha quedado escrito: en el claro, en el centro, «arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena». Si centro, claro y luz forman una triada que trata de nombrar el lugar del origen, abandono y recogimiento pueden sumarse al impulso hacia el aquietamiento, para designar la vía conducente hacia lo luminoso.

AQUEL silencioso centro acuna a la quietud. Aprendía Francisco de Osuna del mundo en derredor que «todo movimiento natural se ordena a quietud, y por ella trabajan todas las cosas; pues que ninguna se mueve sino a fin de hallar reposo, el cual buscan todas las cosas como último fin de ella». Y esta ansia está grabada en lo hondo de todo erotismo. El movimiento anhela lo inmóvil. El morir también, deseo que nos asombra por lo afilado en San Juan de la Cruz. Morir que asoma a una vida nueva. La cita de María Zambrano llena de nuevo los silencios: «es la etapa de la quietud; el centro no está inmóvil, sino quieto. Y lo que le rodea comienza a entrar en quietud. Se ha cumplido una transformación decisiva. Se inicia una «Vita nova».

TODO se desboca hacia el éxtasis contemplativo. fin de todo, donde según el tópico lo inefable se levanta sobre la palabra que no puede abrazarlo. Dexamiento, recogimiento: vías hacia la contemplación en la cual la quietud se asienta.

Y en la obra de María Zambrano, una de las más luminosas en nuestra lengua, tan asociada por tantas razones al autor de Paradiso, en la que la que filosofía y poesía se cruzan y entrecruzan en la búsqueda del toque que nos rasgue y nos abra, la quietud, la calma del centro originario, se une a la nada, nada tal la que se nos muestra cuando, llegados al claro del bosque, «luego no se encuentra nada, nada que no sea un lugar intacto que parece haberse abierto en ese solo instante y que nunca más se dará así». Una nada llameante. Aquella que San Juan de la Cruz, en su dibujo del MONTE, adivina en el camino hacia su morada: nada, nada, nada, nada nada y en el monte nada.



POESIA Y FILOSOFIA

Escribe
Andrés MARTÍNEZ ARANCON

DESCUBRIR que el pensamiento es una actividad que se ejerce de diversas formas (formas a las que el hombre ha asignado los nombres de las diferentes artes y ciencias) es algo que está reservado a los verdaderos filósofos. Ellos, impregnados de pensamiento, se sumergen profundamente en su cambiante torbellino para descubrirlo de pronto como impasible rostro de la Verdad. Rostro que contemplado más de cerca se disuelve en la multiplicidad apasionada del Bien, y en cuyos ojos brilla, como un pez de oro en un lago tranquilo, la Belleza. Y con esta triple y única buena nueva regresan renovados a la tierra para anunciarla a los hombres. Por eso saben ellos que la diversidad de nombres del pensar sólo tiene sentido sobre el fondo de su fundamental identidad.

ESTA maravillosa comprensión de la naturaleza del saber en sus distintos grados y aspectos la encontramos, dentro del copioso y fértil panorama de la filosofía española, en cuatro grandes pensadores: Averroes, Luis Vives, Francisco de Quevedo y María Zambrano.

MARÍA ZAMBRANO ha descubierto la clave de esta unidad esencial del pensamiento en la unidad de la palabra bajo el espejismo vociferante de las hablas. Sólo a través de una profundización en la palabra puede llegarse a desentrañar la particular estructura del universo humano, restañar las heridas de su desgarramiento y conducirlo, si posible fuera, a una reconciliación con su ser originario y total.

PORQUE existe la Palabra existimos. La Palabra primera, única que podría parecer perdida si no fuera porque su existencia, su perduración, es lo que da sentido a ese lenguaje que nunca la nombra, pues su constitución misma lo condena a esa prohibición. La palabra que guardamos en nuestro centro porque es ella misma nuestra sustancia. Bajo el múltiple hablar, en los silencios, en los vacíos del texto o transparentándose a través de su cambiante proliferación se revela sin pronunciarse, aparece sin ser buscada la Palabra primordial, la Palabra creadora, que es una con el ser y que por eso hace surgir el ser. No nece-

sita de mandatos ni de tonos imperativos para crear, pues ella es palabra-acción, una con la realidad y, por tanto, simultánea con ella. Por eso se puede decir que es una palabra sagrada, porque como el lenguaje ritual o mágico, su presencia hace surgir la realidad.

SI el lenguaje es hijo del tiempo se pronuncia en el tiempo; la Palabra en cambio no rescata de la acción de este dios insaciable, de ese devorador incansante, verdadero buitre de nuestra entraña. La Palabra recrea el mundo a cada instante, repara la actividad devastadora del tiempo, rescata lo que él arrebató y aniquila su aniquilación porque ella revela el ser oculto bajo el devenir, es una con él, es la forma en que ese ser, que ama ocultarse, se manifiesta y así se realiza; es decir, se hace real.

Esta Palabra sagrada y creadora se accede por la poesía y también en aquellos lugares del pensamiento filosófico en que el rigor es máximo y que, como en el caso de las definiciones, los teoremas o los aforismos se olvida el largo camino discursivo y sólo se atiende a la manifestación del pensamiento en toda su pureza y simplicidad.

Y todavía va más lejos María Zambrano. No sólo poesía y filosofía confluyen en el punto de llegada, que es también el origen en esa Palabra viva y eterna. Es que, por su propia naturaleza, están condenadas a unirse. Aisladas, son dos formas insitantes de conocimiento y de expresión. Mientras no coinciden, el hombre permanecerá escindido. La poesía atiende al hombre en cuanto individuo, y la filosofía, al hombre universal, pero el ser humano consiste precisamente en la armónica aceptación de ambos aspectos. La filosofía es una búsqueda candente, y la poesía es un hallazgo, un don; pero ninguna pregunta tiene sentido si se extiende hasta el infinito, y necesita, por tanto, reposar en el regalo de a respuesta, regalo que la búsqueda ha hecho merecido, búsqueda cuyo trabajo se olvida en la transparencia del premio. La filosofía, por fin, duda del mundo y se interroga acerca de él, mientras que la poesía parte de la aceptación del mundo. Pero esta asunción debe hacerse consciente, ha de convertirse, a través de la

escisión y el dolor de la filosofía, en reconciliación. De la unidad ingenua e inocente debe pasarse a la separación de la conciencia para así recobrar plenamente el mundo no sólo en un en-si inerte en su hermosura, sino en un para-si vivificado y definitivo, donde la realidad no sea solamente ella en su perfección, sino una con y para nosotros.

HAY aquí tanta generosa clarividencia, tanta pasión por el ejercicio del pensar, una comprensión tan lúcida y tan respetuosa de la complejidad humana, que leyendo los libros de María Zambrano puede uno llegar a comprender por qué dijo Hegel «que el conocimiento puede expresarse como un juego del amor consigo mismo y por qué esa tarea excluye al mismo tiempo lo frívolo y lo edificante. No abandona jamás esta profunda veta el pensamiento de esta mujer excepcional porque, en verdad, no le faltan «la seriedad, el dolor, la paciencia y el trabajo» que fundamenta toda exploración en las diáfanos, pero azarosas sendas de la filosofía, donde la verdad surge brillante de nuestras manos, llevando en su centro, como un preciado carbunco, una gota de sangre de nuestro corazón.

PUES el Espíritu es un animal por cuyas venas corre sangre humana que respira con nuestro aliento y que sostiene su inmortalidad dependiente de nuestra frágil vida, de la conmovedora, vulnerable, desamparada, precedera vida humana. Y así es el pensar un menester de hombres. Por eso no construye María sacrales templos en que celebrar cultos enajenados, sino habitables moradas del saber, en cuyo huerto están, como gritos, los frutos del árbol de la vida.

Y esta habitabilidad milagrosa se produce por la magia de un lenguaje preciso como una joya, complejo y exacto como las mil facetas de un único diamante transparente. En la obra de María Zambrano, el estilo mismo se revela como lucidez. Así, contemplándose en el espejo sin tacha de sus páginas, el pensamiento vivo, eterno, común y consustancial a todos los hombres, se descubre a sí mismo como belleza.

Escribe
Alberto CARDIN

LA TRIVIALIDAD RELIGIOSA DE M. Z.

DIFÍCIL será negar, a renglón seguido de este título, una clara intención terrorista. No la hay, pero asumo los riesgos de un rótulo que intentando ser certero puede dar lugar al equívoco, cuando no al rechazo. ¿Trivialidad religiosa en María Zambrano? ¿No es acaso la suya la más perspicaz, la más profunda indagación de los arcanos de la existencia trascendida, religada? ¿No penetran sus límpidas divagaciones en lo recóndito del ser humano, allí donde sólo puede aparecer Dios o la Nada, como ningún español de su generación y aún de las anteriores, hasta Molinos, lo haya hecho?

La fe del carbonero sufre extrañas mutaciones en la historia del pensamiento español. Aparece encarnado por igual en las simas del despojamiento y en los éxtasis de la trasverberación. Trivialidad, por otro lado, no es lo opuesto de «profundidad», sino sencillamente tiene que ver con lo común, con lo trillado, que puede alcanzar las mayores honduras con sólo excavar en su propio acervo. Lo contrario de lo trivial es más bien lo extraño o lo nuevo, lo que por no pertenecer a un común acervo resulta poco comprendido.

Se da, sin embargo, en María Zambrano la paradoja de que su «invención» tuviera lugar en el momento mismo en que esa nueva forma de religión surgida de la experiencia propiamente literaria —una religión reencontrada en la horma de la letra y llamada tal por analogía— empezaba a ponerse de moda. Ella misma, al asociar su pensamiento religioso a la meditación literaria, a ese tipo de ensayo español que nunca llega a ser filosófico *sensu stricto*, daba toda clase de facilidades

para que la transición se efectuara con toda garantía de equívoco.

Uno de sus primeros descubridores —y sin duda su mejor usufructuario—, José Angel Valente, decía hace unos diez años: «El pensamiento de María Zambrano, su entera sentimentalidad diría con palabra grata a Antonio Machado, están teñidos de religiosidad, que no sólo se transparenta en lo escrito, sino que determina desde su raíz la expresión. De ahí esa mezcla o contigüidad de lo simple y lo hermético, el recurso de la imagen, el juego de contrarios que, en efecto, hacen pensar a veces en la prosa de los místicos».

¡La eterna cantinela de los místicos! Como si la idea española no pudiera integrar nunca lo nuevo sino abatiéndolo bajo lo sabido. La espera de Dios en medio de la noche oscura, la confianza de que el Dios Salvador o el Señor de los ejércitos acabará irrumpiendo en medio de la mayor sequedad de los espíritus, ¿qué tienen que ver con esa no despojada sino abyecta espera de quien sabe que sólo la muerte vendrá a liberarlo, y entre

tanto escribe? Llamar a esto religión no es, como la misma Zambrano dice, introducir a Dios por la puerta trasera, sino poner un nombre analógico a lo que se enfrenta con la razonable esperanza que sostiene la vida.

Hay un no sé qué de ñoño en esa caridad de la religión trivial, de la religión consabida, que cree hacer un bien reduciendo el ateísmo sin esperanza a la pasión religiosa, esa «generosidad intelectual transformada en caridad» de que Zambrano habla refiriéndose a Ortega. Valente cuenta que, al ser presentadas en Madrid María Zambrano y Simone Weil, fueron motejadas respectivamente de «discípula de Ortega» y la «discípula de Alain». La primera sí lo era ciertamente de su maestro: de él tomó, como ella misma confiesa, el rigor del pensamiento, por cuyos intersticios surgió luego su propia autoría. La Weil, sin embargo, poco tiene que ver con Alain, y poco es lo que puede encontrarse en ella de equiparable con Zambrano: es, como bien ha dicho Charles Moeller, una gnóstica que apenas puede llegar a percibir la luz, atrapada como está en el mal del mundo. Su caridad es la solidaridad de los hijos de la Tiniebla, no la comprensión de los hijos de la Luz.

María Zambrano, en cambio, ve luz incluso donde no la hay, y es quizá este exceso de caridad la que, ahondando en lo trivial, la extrae de la ñoñez religiosa, la eleva por encima de la banalidad filosófica de su maestro, para otorgarle algo más que el brillo ensayístico o la intui-

ción brillante desquiciada por la auto-complacencia en la propia palabra, como tan bien calificaba Gazieli el estilo de Ortega.

Llevada por este exceso de caridad, María Zambrano, que de la negrura del alma no ve más que la metáfora de las entrañas, llega a concebir la posibilidad de la nada vacía, del suicidio convertido en sustentación de la vida, del sinsentido español que «se siente salvado cuando descubre algo por lo que dar la vida». Y, sin embargo, algo muy hondo la lleva a encontrar siempre, por detrás de la angustia, en el fondo de la nada, la faz del Dios salvador que no puede perder de vista.

Hay en María Zambrano dos definiciones de lo estoico: una, en la que éste aparece como «la persistencia de lo sagrado en el mundo del ser», y otra, complementaria y mucho más empírica, en la que el estoico, sobre todo el español, no es otra cosa que «el hombre medio que al quedarse sin ideas suficientes para sustentar la vida... se vuelve hacia el riquísimo tesoro del saber filosófico, demandándole el conocimiento necesario para sostenerse».

La trivialidad resignada con que Séneca enuncia: «el último de los males naturales es el salir del número de los vivos antes de morir» está muy lejos de esa «sentimentalidad» de la Zambrano antes dicha en palabras de Valente. Ella es más bien la «mujer media» que hace surtir la faz salvadora hasta debajo de las piedras del desierto. Sólo en esta contumacia su fe se distingue de la del carbonero.

Escribe Ignacio PRAT

PARA LLEGAR A LOS KREIDEGRUBEN

María Zambrano y su novela (★)

La novela podría titularse *Sobre no, Los antiguos contra los antiguos, Coram Maroc o La terrasse des audiences au clair de lune*, una novela donde no se recoge al herido. La herida del cuerpo es un símbolo de su destino; en esas aras pálidas bajo las estrellas, el cuerpo se remueve, recoge la curvatura en planos de la luz (la luna curva, como se intuye que es en *Cruda Amarilli*). La estatua viva le repugna el templo que encontró al salir del oscuro y entrar en el claro; este claro, que es centro, impone aún otro centro, el punto donde la plomada del dios que finjo ser recae inventada por las proporciones. ¿Acaso no es maldición pensar en descubrirlo (el horizonte) después de haber consumido la vida para protegerse de él? Que mira; porque mira. En cambio, las miradas ocultas bajo los teléfonos o bosques pintados no existían más que como sueño de los adultos.

No me impones esa mentira! ¡No me impones ese reposo, que parece cansancio, que es excitación a la búsqueda! El templo en el centro del claro es la plataforma que desnuda, desanuda y desanonada; no rozan las agujas de los pinos, las cortezas; el suelo no se levanta en amenazas de raíces; me tientan las plumas y las sábanas, pero ¡añoro no encontrarlas! De todos los verdes posibles, la medida salvaje me impone: ¡saldre, saldre! Seré la enmascarada que aparta la cortina y ve la exposición del ser, la pregunta que le es devuelta por la luz-atmósfera, la no radial. Naturalmente, esa pregunta no interroga; la voz, el tono, la palabra insultarian; la ceguera, ya que no la mudez, sería eterna. Ella, por mí, ve las azules (las formas), que parecen las hiedras del color opuesto, y abomina de esas aulas vegetales con preguntas y sin preguntas. A la máscara le repugnan las inflamaciones, que tienen que ser en las lindes del claro clareado. Ella, que se oscurece, no quiere claridad en los ojales que ha recortado la Anciana Atea. (La vieja tea mojada, apóstosa.) Esas... ¿qué?... presencias (¡peor para ellas!), esas burbujas de diseño humano me atormentan; si no yo, yo duraré, manteniendo y transmitiendo el asco por los muros abombados y las amplias batas (no atónicas, ni djinns) rellenas de falsas curvas, nunca de promesas. El cuerpo no promete: o es o... ¿Podría? (llamada patética). Con mi cabeza muy ligera entre las manos, no preguntaré por qué a esa infame leche luciferina el resplandor, la suspensión de polvo de ojos vivos separados de cuerpos muertos; esta cabeza, receptora de las tersas curvaturas blanquitas y de las lindes negras acumula todos mis demostrativos, todas mis delicadezas, ¡mi pecado! Si al antifaz le fuera dado pensar, pensaría; las medidas de ese claro, no porque no lo ocupe el bosque, o porque lo desocupe, sino porque lo desviste la suspensión de fósforo lunar, clarísimo, son éstas: doce cuerpos tendidos. En la conferencia se inscribe la basa rectangular de la piedra del templo-ara. (Aquella carcajada congelada por el paño más ne-

gro, más pringoso de negrura, goteante, aquel funeral epiléptico, aquellos cipreses clavados por la tormenta en el huerto semivisible; quien imagina eso es el verdugo; tiene infinitos cromos de la isla.) ¡Confesaré! Los plurales dicen el terror, la oscuridad explorada, la inexperiencia; el uno dice la anomalía, el principio de fecundidad, el trueno, la sensación de crisis, la piel, ¡es el número de la piel, no es!; el tres ha resultado la cifra de la novela y de la sinfonía, del p(r)o(b)lema (aquí se ven las raíces del roble FLORIDO, no como torsos de monstruos, sino hundidas por la gracia infantil de la luna, la Beata, en la tierra más que amable, hermanastral). ¡Y aquí principiaría el Placer! Pero lo rechazaría la comparación con el timpano, constante; el laberinto acostado está expectante. ¿Qué? Trenzas limadas, ropas trenzadas, esculturas y pliegues, ahí, como pantallas para las preguntas (iluminadas). En su centro propio, atiende al dedo que, atravesando las capas de innobles fosforescencias, quiere taladrar el núcleo, rescatando mi Valor, que expongo entre unos trapos, eso sí, en nuestra jinde (de tres). Porque yo me refugio entre las fronteras y me proyecto a la imaginación de un autómatas que, más allá (no sé) de los doce cuerpos, en su seguro, me taladra a mí; y las chispas esas hablan de la conciencia que hago ingresar en la mecánica de la adoración mecánica; represento a los constructores, no lo soy; «no se va [...] a preguntar», no se va a ser preguntada. Sólo sé que ella está ahí, que la luz está aquí, que la luz no proviene de los mármoles, del ostensorio interno o a cielo abierto, de la Magia, de mis ojos, de la reflexión de las curvas; ese vapor precioso en que no hervimos no es hielo, es calma, es consecuencia, prisión, revelación, anhelo, fuga amantillada; y, como contrafigura, se ve a la llama seca ir por los sueños de otros claros prohibidos; ella nos infecciona con las ideas perfectamente esféricas; a vista de (su) pájaro, las sendas entre los claros dibujan la mayor de las torpezas; sea como sea, nuestros abismos también están en los desiertos y en el capricho de sus sendas

(nunca zigzagueantes, ¡pero no las quiero!). Hablo con tres, el tres inventado por Cervantes. Todavía buscaba algo entre los arbustos bajos, ¡una reducción! Ya que no pude someter la altura, la inmensidad o la divinidad caída; ya que no tenía preguntas, quise bajar a esa concentración de las formas que imagino debajo de mis plantas; quistes las montañas y casas ¡las piedras. La transformación soberana de mi guía relampaguea desde la roca al águila que regresa a aquel vientre con su caperuza entre amarilla y canela o marrón. Volvía, y yo, con el peso de la novela atada a mi tobillo, parecía también la estatua de que me burlo. ¡Profundo desprecio a los reconocimientos, al color amarillo! ¿Vacío? Nada mejor, pero no es así; lleno de todo y, si no de conversación amorosa y sagrada, de identificaciones cumplidas antes de la modulación; en cambio, por las espesuras todo eran palabras y hasta frases, y cruces de frases y alimañas. Aquí la claridad, el templo arrasado, la superación de sus ruinas, me conducen al sueño; y los miembros, o los guías múltiples, fingen otra vez el órgano menos mutable: escucha por mí, es ejemplo y enigma para otra arrebataada, otra extrañada; yo ya no sentiré nada. El ARGUMENTO dice:

Necesidad de oír unos pasos es no querer familiaridad ninguna; por eso expira como lo que es, si es un gemido; se vuelve (¡qué pocos a mirarme!, ¡o con qué pocos kilos de ojos!, ¡y luego... nada es sino mirame, puntos o cabellos que trenzan la, no, puntos); prefería este sí desear (aún sí), pero tan tierna para ponerle él; él, él. Y no está muy mal porque ya sale con la primera intención física, la lúbrica; ése llama y ésa no llama, y ése no llama; él, él, él. ¡No la mano, no en mi poder, en la palma de esta mano! Se salta, si (carcajada, carcajada); todas las flechas, opacas y brillantes, desparramadas por el suelo de... ¡la cueva; ¡gracias por saberlo!, ¡jes que ya lo sabía!, ¡gracias por no ser yo esos sesos que coge Sosia! Sigue no sé si construyendo o destruyendo y no sé qué; cuando me dejes, pero... ¡lo sabía!, ¡espero con las muñecas y los gálbos de las llamas de las manos, el aceite, la caída de una preciosa alguna, que ya no es neutro en don a mí (con una cierta desilusión en forma de una clase de alegría, ¡al menos así tuvo que contármelo!, ¡sabiendo el número y la representación de las palabras que podía usar, sabía la triste forma de la llamada a su dios, ¡inmó!)!

(*) Me refiero a dieciocho textos, pero específicamente a dos: «Claros del bosque», en *Claros del bosque*, Barcelona-Caracas-México, Seix Barral, 1977, pp. 11-18, y «Poema y sistema», en *El hijo pródigo*, núm. 18, septiembre de 1944, pp. 198-199.

QUEDOSE ENTRANDO

Quedóse entrando como espalda afligida a la zaga triste de una perla rodada. A ras del nunca y del nadie arrastró la pupila hasta el gris de cicuta desengalanada.

Menchu GUTIERREZ

RAMAS DORADAS EN UN CLARO DEL BOSQUE

El silencio concebido corre como el metro de [las ciudades invisibles tambaleando los maniqués y el [apeirón de los escaparates iluminados por la luz infera [del ser. ¡Oh, soñar largamente! en los vagones subterráneos y después despertar como un sello despegado de [la carta astral movido por algo que ya no son los vientos y los [ríos el oleaje que ahora sube como un torniquete. Y [pronto en su inmediato cielo, la parada en Hampstead cuando el claro del bosque venerable silba en un [magnetófono los timbres envueltos entre el logos oculto. Tocar el signo en los rincones del piso y esta [nube de lonas golpeando contra los edificios el viejo culto. La [hendidura grita los mismos duelos transportados por el [nuevo antro de los caminos rodados. ¿Quién mueve el viento que levanta las efigies de los túmulos y hace [volar libres los huesos? Queda el sobresalto del fósforo corriendo por las raíces mientras dura la noche y la rampa materna como un último metro se sin avisar demoras. [desliza

CESAR ANTONIO MOLINA

(Fragmento del libro en preparación «La estancia saqueada».)



Escribe
Angel LAZARO

TRES MOMENTOS CON MARIA ZAMBRANO



Foto Manuel Fernández

TODOS los días, José Díaz-Fernández y yo, entre doce y media y dos de la tarde, paseábamos calle de Alcalá arriba y abajo, la acera de las Calatravas. Pepín, con veintitrés años, había sido invitado por don José Ortega a venir a Madrid desde Gijón, de cuyo diario, «El Noroeste», era redactor, para entregarle nada menos que el folletón literario de «El Sol», y el autor de «La rebelión de las masas» había dicho a mi joven camarada: «Parece usted un pastor de cabras negras.» Y es que Díaz-Fernández, con su cuadrada gabardina, teñida por luto reciente, y su cayado al brazo —todos usábamos entonces bastón—, era lo más parecido a aquel pastor provenzal que había ido al entierro de un poeta amigo suyo, llevando por delante su rebaño.

EN estas divagaciones íbamos cuando nos cruzamos con una chavala preciosa que andaría por los diecisiete o diecinueve años. También abrigó cuadrado, color escarlata, botones dorados. —Está usted muy guapa esta mañana —le dijo Pepín después de las presentaciones.

Todos nos tratábamos de usted entonces. Incluso con aquella fragante muchacha, que era como la vanguardia intrépida de las muchachas universitarias de hoy. Sí, vanguardia y además intrépida. Porque, amadas chicas que hoy acudís en bandadas a la Universidad, ¿sabéis lo que suponía en la segunda década de este siglo, cuando Ortega había inaugurado (1923) la «Revista de Occidente», con su fiel Fernando Vela de secretario, sabéis lo que suponía inscribirse una muchacha como alumna universitaria?

—¿Quién es esta chica?
—¿No la conoces? Es María Zambrano —me informó quien pronto iba a ser el autor de «El blocao», parejo libro de narrativa con «Imán», de Ramón Sender. Don José la tiene en gran estimación intelectual. Va por la tertulia de la revista asiduamente. Es algo así como la musa de la reunión. Y Ortega se encandila gozosamente al ver la nota femenina en un círculo literario... Ya ves que no es cosa frecuente en España todavía, donde apenas se ven mujeres por el Ateneo, tan abundante de tertulias.

Agil, sola, sonriente, dejando un rastro de gacela, cruzó la calle de Alcalá, deteniéndose en la isla central y volviendo la cabeza para saludarnos, María Zambrano, a la que en aquel momento asociamos a otras mujeres inscritas en las disidentes femeninas que la precedieron: Rosalía, doña Emilia y María Legajarra de Martínez Sierra, la autora de «Canción de cuna».

Qué valentía en aquel fin y comienzos de siglo (segunda década para María Zambrano) atreverse a disentir de la típica mujer española. Porque, amigas universitarias de hoy, que vais a la Universidad con vuestros libros bajo el brazo y tal vez el cigarrillo en la boca, esto de ahora no se hizo ello solo. Y hay que

agradecer a féminas como María Martínez Sierra y María Zambrano que tuvieron el valor de dar el paso al frente cuando la mujer con carrera universitaria era una utopía, si no escándalo en una sociedad llena de prejuicios y rutinas.

Allá va María Zambrano, abrigo escarlata, paso ágil, sonrisa adorable, suscitando un madrigal de urgencia, piropeo en metáfora de don Eugenio, que no zafia expresión de gamberro; allá va, envuelta en el aire todavía limpio, transparente, diamantino de Madrid. Ha bajado de Segovia, donde don Antonio Machado es profesor de instituto y contertulio, probablemente, del padre de esta fragante musa de la «Revista de Occidente». Gran momento de España. Y de todo ese momento, María, la musa persistente en el recuerdo. ¿Después? Como era demasiado buena época, como había logrado España una sazón que solamente se da cada tres o cuatro siglos, la guerra. Desintegración de todo un pueblo.

SEGUNDO MOMENTO

María Zambrano está desterrada en Cuba. Bendito destierro. Porque Cuba era, es, desde la Independencia, la mujer liberada, diríamos hoy. Y círculo de lo femenino, el Liceo Club de La Habana. Allí, con Camila Henríquez Ureña, con Cándida Gómez, con Lilián Mederos de Baralt, María Zambrano afirma la soberanía de la inteligencia. Ofrece cursos de filosofía y literatura, si no son la misma cosa. Tiene María consigo a su hermana única, Araceli, y pese a lo propicio que le es todo (amistad, adhesión intelectual, fórmulas delicadas de ayuda económica para conllevar el exilio), las dos hermanas, una sola en el íntimo lazo fraterno, están siempre como asomadas a los arcos segovianos del Acueducto en un atardecer de llanura castellana, con carros rebosantes de mies, sobre el rojo horizonte.

¿Qué se hizo de la musa adolescente, gacela matinal de la calle Alcalá madrileña? ¿Qué del ilustre Senado que presidía don José, con García Morente, con el indispensable Vela, dialogando sobre todo lo que había de ser material para las páginas de la revista? ¿Qué incluso de

Ramón, tan orteguiano, de tertulia aparte en los sábados de Pombo? Desintegración.

Y, cosa curiosa, en aquel afán desesperado de María Zambrano por agarrarse, mejor arraigarse (angustiosa nostalgia) en lo auténtico español, surge en los puntos de su pluma una figura decimonónica: Galdós.

María Zambrano, enferma de ausencia española, no invoca a Ortega, su egregio maestro, ni a Unamuno para afirmarse a sí misma, para identificarse con el ser que la guerra le ha arrebatado, sino con el viejo Galdós.

Cierto —años más tarde, cuando Ortega hace figurar en su obra completa un artículo publicado sin su firma en «El Sol» a la muerte de Galdós, 1920—, cierto, decimos, que Ortega ha llamado genio a Galdós, nada menos que genio, cosa que dicha en letra de molde por Ortega, tan riguroso y aun cauteloso en adjetivar, es realmente digna de meditar. España: Galdós. Y ahora la nostálgica musa orteguiana glosa a Fortunata, transfigurada mujer española, mágica realidad creada por el genio, recreada por la nostalgia de aquella mujercita que había bajado a Madrid desde Segovia y a la que la guerra aventó lejos, más allá del mar.

Qué instinto admirable, qué hondo sentimiento de solidaridad el de las mujeres del Liceo Femenino de La Habana, al comprender la nostalgia de María Zambrano, quien agasajada, comprendida, rodeada de la admiración y el amor en tierra cubana, isla de refugio, se siente, sin embargo, ausente, fuera de sí misma, ajena... ¿Volver a España? No es posible. María está vinculada a una España esencial, que en las páginas de «Hora de España», la histórica revista de la guerra, le inspiró tan hermosos trabajos.

Hay que hacer algo por aproximar a María Zambrano al viejo solar. De La Habana a Roma. Es un caso semejante al de Alberti, quien mimado en la Argentina se trasladó a Roma en un secreto afán —morboso a veces— de aproximarse a España, que sufre y hace sufrir.

Levanta María Zambrano su casita de La Habana y se planta en Roma. A su lado —una sola las dos—, su hermana única,

Araceli. Todavía no está sola aquella adolescente de la mañana aquella, cuando España estaba en y con sus cabales.

TERCER MOMENTO

Y una mañana de verano, en plena plaza de Il Populo, María menos nostálgica, con una callada esperanza de recobrar pronto la tierra, su raíz, nos abre los brazos jubilosamente, y por sorpresa.

—¿Cómo ha dejado usted a todos nuestros amigos de La Habana? ¿A Raúl Roa, el doctor Pitaluga (otro exiliado ilustre) a Marinello, a Mirta Aguirre, a nuestra querida isla?

Ya María Zambrano es no una, sino dos nostalgias, Cuba y España. Pero aún no había llegado la soledad total, perdón María... Eran ustedes dos tan una sola. Supe la muerte de Araceli indirectamente, porque nunca quisiera escribirle a usted, María, preguntándole sobre mi sentimiento...

Ahora, cuando la vuelva a encontrar, tampoco diré nada. Nos abrazaremos en silencio, ajenos a los homenajes tan merecidos que van a hacerle a usted los españoles que la recobran; y en este abrazo se fundirán el ayer y el hoy... Y yo la volveré a ver a usted adolescente, abrigo escarlata, gacela matinal como aquella mañana en que atravesó usted la calle de Alcalá, ayer mismo, dejando boquiabiertos a sus dos jóvenes amigos, musa de una España que sólo renace, ¡ay!, cada tres o cuatro siglos.

¡Pero —como diría el indio de Nicaragua— es nuestra el alba de oro!

Escribe
Teresa GRACIA

UN FRAGMENTO DE LECTURA

NO sé si un pensador, en el momento en que traslada al papel parte de la corriente pensadora —a menos que la escritura le sirva para rellenar remolinos del pensamiento— distingue, sin entregarse a perpetuas mediciones, lo que está anclado a las ideas que están de moda (lo que siempre garantiza cierta protección y la clandestinidad necesaria) de aquello que toca fondo en un lago muy profundo del que sacan vida y sustento los genios y cuyas etéreas aguas tienen sus remansos en las almas de cada creador.



LEYENDO «Dos escritos autobiográficos», de María Zambrano (Entregas de la Ventura, Madrid, 1981), el lector topa, no sin impaciencia al principio, con todo lo que desde Hegel se pasea de la filosofía a la política, por la literatura y el lenguaje corriente, en particular la consoladora afirmación de que el no pasa por lo negativo, es decir, que no tendría su fuente en el valor del que niega con todas sus consecuencias, sino que surge de una especie de responsabilidad compartida con el mundo, en una suerte de dialéctica «exculpatoria» entre el hombre y su entorno, en el seno de cada cosa también, de forma

que quien lo pronuncia puede vivirlo a la moderna sintiendo temblarle en el pecho un asentimiento (cuando en «El condenado por desconfiado», de Tirso de Molina, se puede oír la serie más espeluznante de *noes*, pues linda cada uno de ellos con la condena y la muerte).

PERO el malestar de este lector dura sólo un momento. María Zambrano no se opone a las ideas recibidas de entrada y suele dar en sus escritos generosa cabida a sus lecturas, hasta que, sin previo aviso, el rastro de las mismas se pierde bruscamente. No reclama la atención con

algo que podría rezar así: aquí os dejo a todos, me voy sola, sin afirmar ni negar nada, lo más lejos, lo más alto, o bajo, como sea posible. Y, sin embargo, con una modestia y un rigor que sólo pueden nacer de la valentía, se deja caer en los terrenos dolorosísimos de la creación verdadera, y, sola, vuelve a ellos (trepando, si se me permite la comparación, por las líneas que ella misma se lanza, en un pulso impresionante).

POR algún sitio había citado a Ortega, y el lector vio con terror el momento en que Zambrano podía hacer suya aquella teoría sobre el amor, llamada sin duda del hilo invisible, en su parte más hermosa, pero que acaba en teoría de la percepción, donde se expone el predominio de unos sobre otros objetos.

La autora deja todo eso de lado, porque sin duda la soledad —suprema plenitud en ella— no alberga opiniones. Del amor (de su posibilidad e imposibilidad también) dice que es un instante «en que se viaja hacia dentro del ser, ese secreto intacto, en que nada transcurre... por eso parece eterno, según proclaman los tópicos, porque cree lograr la apertura al fin de aquel centro del «ser» no nacido...». Y líneas

después: «El amor, que, de realizarse, sería vivir un tiempo idéntico.»

EN «la multiplicidad de los tiempos» —el segundo fragmento— nos habla María Zambrano de una novela que no escribió, pues le faltó «tiempo». ¿Cuál es el «tiempo» del escritor en realidad? ¿No es el tiempo específicamente robado, después del hurto de la vida misma? ¡Doble culpabilidad!

MARIA fue niña en Madrid y tenía una «cita en la noche» (podría definirse la «vocación» así: una cita en la noche concertada desde niño). Sus recuerdos son tan luminosos como lo era la ciudad entonces, a pesar de que arranquen, como la memoria, de un «olvido» resistente y oscuro, en el que María Zambrano vislumbra resplandores del «secreto», que vierte, sin apenas modificar su luz, a una escritura verdadera y profunda, casi sin términos filosóficos —que tantos ponen en la punta de su pluma como cebo para lectores especializados—. Ella adhiere a la materia de la filosofía, y la revela con candor, dejándola expresarse a través de un instrumento muy refinado en su humildad y precisión: María Zambrano misma.